

La Piedra de Toque

Por

Edith Wharton

Freeditorial 

CAPÍTULO I

«El profesor Joslin, quien, como nuestros lectores bien saben, acomete la tarea de escribir la biografía de la señora Aubyn, nos pide que exponamos que contraerá una deuda impagable con cualquier amigo de la famosa novelista que pueda proporcionarle información acerca del periodo anterior a su llegada a Inglaterra. La señora Aubyn tenía tan pocos amigos íntimos y, en consecuencia, tan pocos correspondientes que, en el supuesto de que existieran cartas, éstas tendrían un valor muy especial. La dirección del profesor Joslin es: 10, Augusta Gardens, Kensington. Asimismo, nos ruega que digamos que devolverá con prontitud cualquier documento que se le confíe».

Glennard soltó el *Spectator* y se volvió hacia la chimenea. El club se estaba llenando, pero aún tenía para sí la salita interior y sus ensombrecidas vistas al lluvioso paisaje de la Quinta Avenida. Todo era bastante gris y deprimente, aunque sólo hacía un instante que su aburrimiento se había visto inesperadamente teñido por cierto rencor al pensar que, tal como iban las cosas, puede que incluso tuviera que renunciar al despreciable privilegio de aburrirse entre esas cuatro paredes. No era tanto que el club le importara mucho como que la remota posibilidad de tener que renunciar a él representaba, en aquellos momentos, quizá por su insignificancia y lejanía, el emblema de sus crecientes abnegaciones, de los continuos recortes que iban reduciendo gradualmente su existencia al mero hecho de mantenerse vivo. Dado que resultaban inútiles, tales cambios y privaciones no los podía considerar beneficiosos, y tenía la sensación de que, aunque se deshiciera de inmediato de lo superfluo, eso no implicaba que su despejado horizonte le ofreciera una visión más nítida del único paisaje que merecía su atención. Y es que renunciar a algo para casarse con la mujer amada es más difícil cuando llegamos a dicha conclusión por la fuerza.

A través de la puerta, vio que el joven Hollingsworth se levantaba, bostezando por el parvo consuelo de un brandy con soda, y dirigía su irresoluta persona a la ventana. Glennard lo examinó con desdén. Era tan propio de Hollingsworth levantarse a echar un vistazo por la ventana... ¡como si afuera le esperase algo que no fuese pura oscuridad! Allí estaba un hombre lo bastante rico como para dedicarse a lo que quisiera —si hubiese algo que le satisficiera—, pero al que su propia inmune desidia le incapacitaba para alcanzar cualquier logro; e irónicamente, a escasos metros de él, otro que lo único que quería era enfundarse un abrigo decente y ofrecer un techo donde resguardarse a la mujer que amaba. Glennard, que tanto se había esforzado y privado por una ínfima oportunidad, que su entusiasmo habría de convertir en todo un reino, se sentó, desolado, calculando que aunque se resignara a perder

el club, a dejar los cigarros y a renunciar a las excursiones de los domingos, seguiría estando lejos de lograr su propósito.

El ejemplar del Spectator había resbalado hasta sus pies y al cogerlo no pudo evitar que sus ojos se posaran de nuevo en el párrafo dirigido a los amigos de la señora Aubyn. La primera vez lo había leído sin apenas prestarle atención: su nombre llevaba siendo público tanto tiempo que sus ojos pasaron de largo, del mismo modo que la gente que camina con prisas no repara en los monumentos que le son familiares.

«Información en lo concerniente al periodo anterior a su llegada a Inglaterra...». Esas palabras imponían una evocación. Volvió a verla como en su primer encuentro: aquel pobre genio, con su alargada cara pálida y sus ojos miopes, un poco moderado por la gracia de la juventud y la inexperiencia, pero tan incapaz, incluso entonces, de rendirse a sus impulsos. Cuando hablaba, de hecho, era maravillosa; quizá más, le parecía a Glennard, que cuando más adelante la conciencia de las cosas memorables que pronunciaba parecía despojar del rubor de la privacidad hasta su discurso más íntimo. Si alguna vez había estado cerca de amarla, fue en esos días tempranos, aunque sus sentimientos sólo se habían manifestado a intervalos. Después, cuando ser amado por ella habría podido volver loco a cualquier hombre, la reticencia física había sido tan superior a la atracción intelectual que los últimos años habían sido para ambos una auténtica agonía. Ahora, al remover viejos papeles, su mano iluminaba las cartas, pero el roce le producía una inexpresable tristeza...

«Tenía tan pocos amigos íntimos... que, en el supuesto de que existieran cartas, éstas tendrían un valor muy especial». ¡Tan pocos amigos íntimos! Durante mucho tiempo no había tenido más que uno; uno que en los últimos años había correspondido a sus espléndidas páginas, a sus trágicas efusiones de amor, humildad y perdón con la parquedad con la que los hombres suelen evadir las más vulgares impertinencias sentimentales. Había sido tosco, muy a su pesar, y algunas veces, ahora que el recuerdo de su rostro se había desvanecido y sólo su voz y sus palabras lo acompañaban, le irritaba su propia ineptitud, su estúpida incompetencia para ponerse a la altura de la pasión que ella le profesaba. Su egoísmo no era de los que buscan complacerse en la aventura. Ser amado por la mujer más brillante de su época y ser incapaz de amarla le parecía, al echar la vista atrás, la prueba más hiriente de sus limitaciones; y la compasión que sentía ante ese recuerdo se complicaba con una sensación de irritación hacia ella por haberle mostrado de golpe el alcance de su capacidad afectiva. Sin embargo, era impropio de él escarbar en el pasado. El público, al tomar posesión de Aubyn, le había quitado un peso de encima. Había algo de irracional en el hecho de pedirle disculpas sentimentales a un recuerdo que ya podría considerarse clásico: reprocharse el

no haber sido capaz de amar a Margaret Aubyn era como preocuparse por la incapacidad de admirar la Venus de Milo. Paradójicamente ella debía estar contemplando, desde su frío nicho de celebridad, cómo él se flagelaba. Sólo cuando reparaba en alguna de sus pertenencias, sentía una repentina revivificación de aquel viejo sentimiento, un extraño doble impulso que, por una parte, lo arrastraba hacia su voz, pero, por otra, lo alejaba de su mano; incluso ahora se le encogía el corazón cuando contemplaba cualquier cosa que ella hubiese tocado. Casi nunca le ocurría ya. Uno por uno, sus escasos regalos habían ido desapareciendo de las habitaciones, y raramente volvían a sus manos las cartas que guardaba por cierta, no reconocida, vanidad pueril de poseer tales tesoros...

«Sus cartas tendrán un valor muy especial». ¡Sus cartas! Debía de tener cientos de ellas... suficientes para llenar un libro. A veces le parecía que llegaban en cada reparto: evitaba mirar el buzón cuando volvía a casa, pero era como si su escritura lo abordase en cuanto introducía la llave en la cerradura de la puerta.

Se levantó y se dirigió con parsimonia a la habitación contigua. Hollingsworth, después de apartarse distraídamente de la ventana, se había sumado a un decaído grupo de hombres. Con frases titubeantes que parecían luchar las unas con las otras para exponer una idea muy brillante, les contaba lo difícil que resultaba vivir en aquel sitio de mala muerte y con aquel clima nefasto que al llegar febrero les obligaba a escapar, con la dificultad añadida de que no había sitio en el que poder navegar en invierno, excepción hecha de otro célebre hoyo: la Riviera. Glennard se incorporó a otro grupo en el que una voz que nada tenía que ver con el monótono órgano de Hollingsworth, les hablaba a un nuevo círculo de lánguidos oyentes.

—¡Vengan a oír a Dinslow hablar de su patente: entrada gratuita! — anunciaba uno de los hombres con afectada resignación.

Dinslow dirigió a Glennard una sonrisa agresiva y segura de sí misma.

—Denle seis meses y hablará por sí sola —declaró—. Por poco puede articular.

—¿Sabe decir papá? —preguntó alguien.

Dinslow ensanchó su sonrisa.

—Ya se alegrará de decirle papá en un año —replicó—. Hasta a usted será capaz de mantenerlo con holgura. Venga, deje que le explique...

Glennard se apartó, impaciente. Los hombres del club —excepto los implicados en el asunto— estaban ya hartos de la patente de Dinslow, pero ninguno más que Glennard, que, buen conocedor de sus méritos, la situaba a la

cabeza de su deprimente catálogo de oportunidades perdidas. Siempre había mantenido una relación cordial con Dinslow, y las apremiantes ofertas de éste para que se metiera en el negocio eran la confirmación de su incapacidad para conseguir que la suerte le fuera propicia. Algunos de los hombres que se habían parado a escuchar ya iban vestidos de noche; otros tenían que ir a cambiarse. Glennard se sentía humillado, consciente de que si tardaba en marcharse se debía sólo a la miserable esperanza de que alguien le invitara a cenar. La señorita Trent le había dicho que esa noche asistiría a la ópera con su rica tía, y si Glennard tenía la suerte de conseguir que le invitasen podría reunirse con ella allí sin tener que hacer un gasto adicional.

Deambuló por la sala intentando mostrar desinterés; pero, aunque lo saludaron con afabilidad, nadie lo invitó. Sin duda, aquellos hombres que podían permitirse pagar sus cenas, que no tenían que recurrir a invitaciones como si fueran mendigos revolviendo la basura en busca de un mendrugo, ya estaban comprometidos. Pero no... cuando Hollingsworth dejaba el reducido grupo alrededor de la mesa, un joven admirador lo reclamó:

—¡Holly, espere! ¡Venga a cenar!

Hollingsworth se volvió hacia él con cara de pocos amigos, mostrando el perfil menos favorable de un rostro mejor terminado.

—Lo siento, no puedo. Tenemos un festín de fieras en casa.

Glennard se dejó caer en un sillón. ¿Por qué ir a casa a cambiarse con esta lluvia? Era de locos coger un taxi hasta la ópera, aunque al fin y al cabo, más de locos era aún asistir. Sus constantes encuentros con Alexa Trent resultaban tan injustos para la joven como fatigosos para él. Ya que no podía casarse con ella, era hora de apartarse y dejar el camino libre a alguien mejor situado... Y había que admitir la irónica circunstancia de que, si de conveniencia se trataba, Hollingsworth entraba en el grupo de los posibles candidatos.

CAPÍTULO II

Cenó solo y se fue a casa andando bajo la lluvia. En la Quinta Avenida apreció el húmedo destello de los carruajes que se dirigían a la ópera, y, encolerizado con las insignificantes restricciones que lastraban todos sus deseos, tomó la primera calle lateral. Era ridículo renunciar a la ópera, no porque pudiese resultar aburrida, sino porque el experimento podría salirle caro.

En la sala de estar el tácito consentimiento de lo inanimado había enfocado la luz de la lámpara en una fotografía de Alexa Trent, encuadrada en el

obligatorio marco de plata y colocada en el trono que, durante mucho tiempo, había ocupado Margaret Aubyn, según la memoria se encargaba de recordarle. Ahora bien, las virtudes de la señorita Trent justificaban de manera inmisericorde esa usurpación, pues tenía ese tipo de belleza que es resultado del feliz equilibrio entre cuerpo y espíritu. No muchas mujeres ponen de acuerdo los labios y los ojos con un carácter singular, y muchas de ellas se pasan la vida tras una máscara que apenas consigue expresar la ansiedad que les causa la cuenta del carnicero o su incapacidad para captar una broma. En la señorita Trent, en cambio, rostro y mente ofrecían el mismo contorno severo. Parecía una diosa Justicia extraída del cuadro de algún célebre pintor florentino, y Glennard estaba convencido de que su más destacado atributo, o al menos el atributo al que su conducta daba una expresión más consecuente, era el de poseer una suerte de apasionado sentido de la justicia: la intuitiva justicia femenina, que es mucho menos común que la razonada imparcialidad. Las circunstancias se habían aliado de manera trágica para transformar ese instinto en hábito consciente. Conocía el lado oscuro de la vida mejor que la mayoría de las jóvenes, aquella continua tendencia a quebrantar las actitudes más nobles. El infortunio y la pobreza planearon sobre su infancia y no la atacaban los refulgentes delirios sobre lo que es la vida que, se supone, son el culmen de la gracia juvenil. Esa capacidad, que la investía de una sensatez conmovedora, complicaba la situación de Glennard aún más que si estuviese cortejando a una princesa. No necesitaban de gran cosa, sabían muy bien cómo apañárselas, pero también sabían, y ella se lo recordaba constantemente, que sin ese algo, por poco que fuera, el futuro que soñaban se desvanecería.

La exasperación de Glennard se aguzó al contemplar el retrato. Estaba harto y avergonzado del papel que desempeñaba. Llevaba dos años amándola con una ternura sosegada que iba cobrando hondura y tamaño conforme se acercaba a la plenitud; él estaba convencido de que podrían alcanzarla, y esa certeza aumentaba su dolor. Hay ocasiones en que la fidelidad de la mujer con la que uno no puede casarse es casi tan enojosa como la de aquella con la que uno no se casaría nunca.

Glennard giró hacia lo alto la lámpara de lectura y removió el fuego. Tenía una larga noche por delante y quería ahuyentar los malos pensamientos con algo de actividad, por lo que esparció sobre la mesa los documentos que se había traído de la oficina y se puso a trabajar.

Debía de haber pasado una hora cuando se vio a sí mismo introduciendo de manera automática una llave en la cerradura de un cajón. No tenía más nociones que las de un sonámbulo del proceso mental que lo había conducido a actuar de modo semejante. Tan sólo era vagamente consciente de haber apartado los papeles y los pesados volúmenes de piel de becerro que un momento antes configuraban su horizonte y de haber extendido en su lugar,

sin muestras de voluntad aparente, el paquete que había extraído del cajón.

Las cartas se repartían en fajos de treinta o cuarenta y eran muchos. En algunos de los sobres la tinta se había borrado y en otros, los que tenían matasellos inglés, permanecía fresca. Sólo hacía tres años que había muerto y le había escrito cartas, en intervalos cada vez más largos, hasta el final...

Deshizo uno de los fajos: pequeñas notas escritas durante sus primeros encuentros en Hillbridge. Cuando terminó la universidad, Glennard empezó a trabajar en el bufete que su tío tenía en la añosa ciudad universitaria. Fue allí donde, en la casa del profesor Forth, el padre de ella, había visto por primera vez a aquella joven que más tarde sería conocida, esencialmente, por haber regresado al fuero paterno después de dos años de infeliz matrimonio.

Por aquel entonces Aubyn era una joven entusiasta y con un tinte trágico, una mente compleja y modales inmaduros. La cruda experiencia del matrimonio la había armado con un arsenal de opiniones generales que explotaban como bombas en el ambiente académico de Hillbridge. Sin embargo, por paradójico que fuese, había tenido la suficiente fortuna al elegir marido como para dar con uno con tal facilidad para meterse en problemas que el hecho de abandonarlo tuvo la dignidad de un manifiesto: la convirtió en portavoz de las esposas ultrajadas. En este sentido era apreciada por esa parte mayoritaria de la sociedad de Hillbridge que no es nada indulgente con las peleas conyugales y que, sin embargo, obtenía un placer proporcional por poder darse un festín aderezado con una buena ración de escándalo. Gracias a ello la señora Aubyn se ganó de tal modo la simpatía de las damas de la universidad, que estuvieron dispuestas desde el principio a consentirle una mayor libertad de expresión y de acción que la que se solía permitir a las malas esposas de Hillbridge, donde la desgracia aún era considerada como un castigo que ponía a la gente en su lugar, para que sintiera la superioridad de los vecinos. La joven privilegiada combinaba cierta timidez personal con una audacia intelectual que era como una desviada necesidad de coquetería: daba la sensación de que, de haber sido más guapa, en lugar de ideas, hubiera tenido emociones. Por aquel entonces era ya lo que siempre había sido: un genio capacitado para hacer las observaciones más agudas, pero cuando se trataba de afrontar su propia sensibilidad, era notable su falta de criterio. La psicología le fallaba allí donde suele servir a la mayoría de mujeres, y era perceptible que su cabeza jamás sería un buen guía para su corazón. Pero a Glennard nada de todo eso podría haberle importado durante aquel primer año de relación. Estaba en una edad en la que todas las gracias y regalos no son más que simples alimentos indiferentes para el salvaje egoísmo de la juventud. Al procurarse la compañía de Aubyn, aceptaba por mera intuición una inclinación a la excelencia que fuera garantía de su propia superioridad. Que la mujer más inteligente de Hillbridge le mostrase su simpatía era un bálsamo para sus

ansias de distinción: a nadie se le ocultaba que estaba convencido de que merecía un lugar mejor que aquel. Pero no es que Glennard fuera vanidoso. La vanidad se contenta con el más burdo sustento, y no hay paladar más exquisito que el de quien saborea la desconfianza en uno mismo. Para un joven con las aspiraciones de Glennard, el estímulo de una mujer inteligente representaba el éxito absoluto. Después, cuando empezara a tantear el terreno, a establecerse, ya no necesitaría de su apoyo, pero sí se sirvió de él para allanar el camino de un periodo donde a menudo triunfaban la inseguridad y el desánimo.

Pero sería injusto presentar su interés por Aubyn como calculado. Era tan instintivo como el amor y lo único que separaba ese interés del amor era una ligerísima desviación de la línea de belleza marcada por la curva de los labios de Aubyn. Cuando se conocieron, ella acababa de publicar su primera novela, y Glennard, que después emplearía su impaciencia de hombre ambicioso hacia las mujeres distinguidas, era lo bastante joven como para dejarse deslumbrar por la fama que había adquirido Aubyn. Era el tipo de libro que hace que las mujeres mayores bajen la voz para hablar de él a escondidas y susurren «madremía», y que Glennard ensalzaba con ese conocimiento superior del mundo que le permitía tomarse con la mayor naturalidad aquellos sentimientos que la universidad reprobaba. Todavía tenía más encanto oír en los salones académicos el eco de los descaros de Aubyn, que sobrepasaban los de sus páginas impresas. La independencia intelectual daba un toque de camaradería a su intimidad, prolongando la ilusión de compañerismo basada en un feliz intercambio de herejías. Aubyn y Glennard eran, el uno para el otro, un guiño de complicidad a espaldas del ídolo de Hillbridge: caminaban juntos bajo esa luz de joven omnisciencia de la que el destino excluye, curiosamente, a los mayores.

Los maridos con fama de inoportunos pueden serlo hasta la hora de la muerte, y esa fue la venganza que el señor Aubyn se tomó con respecto a su ultrajada esposa, dos años después de que ésta regresase a Hillbridge. Murió en el preciso momento en que Glennard había empezado a hablar mal de ella. No es que le aburriera, no, era algo infinitamente peor: lo hacía sentirse inferior. La sensación de afinidad intelectual había sido gratificante para su ambición inicial, pero conforme se iba conociendo mejor a sí mismo, también la iba comprendiendo mejor a ella. Y si en ocasiones un hombre puede sentirse halagado por la superioridad moral de su esposa, el dominio intelectual de ésta no se verá nunca atenuado por cualquier tributo que se le haga a las facultades de él. Pero la admiración es como una contractura muscular, y en Glennard se iba forjando la opinión de que la inteligencia, en una mujer, no era más que el anverso de la belleza. En cuanto a belleza, Aubyn no podía quejarse, y aunque tenía suficiente como para sacarlo de quicio porque no sabía cómo emplearla, parecía ignorar todos los nimios artificios que las mujeres utilizan para paliar sus defectos o convertirlos en virtudes. Era como si los vestidos que se ponía

no fueran suyos. Su ropa tenía un aire impersonal, como si hubieran pertenecido a otra persona que, por una urgencia que se había convertido en crónica, se las hubiese prestado. Conocía tan bien sus defectos que trataba de paliarlos con apresuradas imitaciones de las modelos más conocidas. Pero ninguna mujer incapaz de vestirse dejándose llevar por el gusto, sabrá hacerlo dejándose llevar por la razón, y, de alguna manera, los plagios de Aubyn, por emplear una metáfora de su oficio, siempre parecían sacados de contexto.

Pero el genio de poco le sirve a una mujer que no sabe peinarse. La celebridad que obtuvo Aubyn con su segundo libro no consiguió que Glennard cambiase de idea, y, a lo sumo, tuvo el efecto negativo de alejarla aún más del foco de sus simpatías. Todos somos esclavos del tiempo, y el destino perverso impuso la cronología del romance de Margaret Aubyn de manera tal que cuando su marido murió, Glennard sintió que acababa de perder a un amigo.

No estaba en su naturaleza practicar la crueldad sin necesidad, y aunque se encontraba en la invulnerable posición del hombre que no ha dado motivos de queja nunca a una mujer, salvo el de consentir que ella creyese que la amaba, por nada del mundo hubiera hecho evidente su ventaja mediante una traición o mostrando indiferencia. Durante el primer año de viudedad, la amistad entre ambos se prolongó cansina con un vacilante renacimiento de los sentimientos que se iría convirtiendo poco a poco en un banquete de platos vacíos a los que nunca se les retiró la tapa. Luego Glennard se marchó a vivir a Nueva York, y los desvaídos placeres de su relación dieron paso a la relativa novedad de la correspondencia. Curiosamente, al principio sus cartas la acercaron más a él que su propia presencia. Ella adoptó, y mantuvo con éxito, un tono tan impersonal como el de Glennard: escribía con pasión acerca de su trabajo, se interesaba por el de Glennard, y hasta bromeaba con él sobre la inevitable y joven belleza que, estaba convencida, no tardaría en desviar el curso de sus confidencias. Para Glennard, que era casi un extraño en Nueva York, ver la letra de Aubyn suponía oír una voz que le consolaba en un entorno que no parecía haberse dado por enterado de su presencia. Su vanidad encontró un placer retrospectivo en el sentimiento que su corazón había rechazado, y su emoción ficticia lo condujo un par de veces a Hillbridge, de donde, tras escenas de evasiva ternura, regresaba insatisfecho con ella y consigo mismo. Mientras se hacía un hueco en Nueva York y conseguía llenar el espacio que había vaciado con nuevas amistades de jóvenes agradables y seguros de sí mismos, consideraba natural deducir que Aubyn estaría haciendo lo mismo con el vacío que había provocado su marcha. Pero es raro que en las disoluciones sentimentales las dos partes retiren sus inversiones a la par, y Glennard acabó por comprender que él había representado una apuesta demasiado arriesgada mediante la cual Aubyn se lo había jugado todo. Y ese papel no le interesaba. No quería remordimientos de conciencia y habría preferido sembrar unas veloces semillas de olvido en los huecos que habían

dejado sus irreflexivas incursiones, pero aunque él sembrara esas semillas, Aubyn hubiese tenido que encargarse de recoger la cosecha. De hecho, la actitud de Aubyn parecía subrayar a su manera lo razonable de la idea y, por lo tanto, puede que ambos hubieran sido lo bastante previsores y ahorrativos en la inversión de sus afectos.

No es que Aubyn pretendiera recibir los frutos de la generosidad de él a modo de pensión. Él sabía que tras el pequeño cambio sentimental que se había producido, ella prefería no seguir viviendo: sólo se alimentaba de su propia y arraigada pasión, y las indulgencias que ésta le proporcionaba otorgaban a Glennard la vaga certeza de que atesoraba el secreto de alguna alquimia inagotable.

Esta ternura negativa siguió alimentando sus relaciones hasta que, de repente, ella le comunicó su decisión de marcharse al extranjero. Su padre había muerto, nada la ataba ya a Hillbridge y Londres le ofrecía mejores oportunidades que Nueva York para ampliar sus horizontes. Ya era famosa y había llegado la hora de recoger sus laureles.

Por un momento, la noticia despertó en Glennard el celoso sentimiento de las oportunidades perdidas. Quería reafirmar su poder a toda costa antes de que ella hiciese el último esfuerzo por escapar. Hacía casi un año que no se veían, pero, por supuesto, no podía dejarla ir sin que se vieran, así que ella fue a Nueva York el día antes de que partiera y pasaron esas últimas horas juntos.

Glennard no tenía planes: pensaba sólo en dejarse llevar. Se dejaron arrastrar durante muchas horas por las lánguidas corrientes del recuerdo. Ella permaneció sentada sin hacer nada, dejando que él se abriera paso por los desaliñados canales del pasado, hasta que decidió recordarle que era mejor poner punto final a tales exploraciones. Él se levantó decidido a marcharse y se quedó observándola confundido por la misma incertidumbre que albergaba en su corazón. Ya estaba cansado de ella —siempre lo había estado— aunque no estaba seguro de querer que se fuera.

—Puede que no volvamos a vernos —le dijo, como apelando con seguridad a su compasión. Su mirada lo envolvió.

—En cambio, yo te seguiré viendo siempre... ¡Siempre!

—¿Por qué te marchas entonces? —se le escapó.

—Para estar más cerca de ti —respondió ella, y sus palabras fueron como un portazo en las narices.

La puerta ya no se volvería a abrir, pero conforme pasaron los años, Glennard iba cobrando conciencia de que una luz inextinguible se colaba por la estrecha rendija y llevaba su minúsculo rayo hacia un pasado que apenas

consumía una ínfima parte de su propio aceite conmemorativo. Sin embargo, la conversión gradual de la señora Aubyn en celebridad universal restó a ese pensamiento su carga de reproches. Al transformarse en personaje había dejado su condición de persona con tal naturalidad que Glennard podía volver la vista y analizar su carácter como si visitara un sepulcro célebre, inmortal y, en cierta manera, profanado por la veneración popular.

Sus cartas siguieron llegando desde Londres con la misma puntualidad exquisita, pero los cambios que acontecían en su vida, la perspectiva de nuevas relaciones que se revelaba en cada una de sus frases, llenaban las misivas de la impersonalidad propia de los textos periodísticos. Era como si el país o, mejor dicho, el mundo entero, la hubiese arrancado de los brazos de Glennard y hubiera aceptado ocuparse de un temperamento que hacía ya mucho tiempo había agotado sus escasas reservas de dependencia.

Era incapaz de entender el significado concreto de unas cartas que irradiaban luz retrospectiva. La literatura no le interesaba y al principio las consideró como una extensión de su brillante conversación: más tarde, se revelarían como el temido vehículo de un trágico asedio. Por supuesto sabía que eran extraordinarias: a diferencia de los autores que regalan su esencia al público y dejan para los amigos la cáscara seca, Aubyn había reservado la más excepcional de sus cosechas para el recóndito sacramento del cariño. Lo cierto es que a veces Glennard se sentía oprimido, casi humillado, por la multiplicidad de alusiones, por el amplio alcance de sus intereses, por la insistencia en intentar introducir a la fuerza la exuberancia de su pensamiento y sus emociones en el diminuto recipiente de su simpatía, pero nunca alcanzó a pensar en las cartas de manera objetiva, como la obra de una mujer distinguida, nunca había considerado la importancia literaria de esa opresiva prodigalidad. Ahora, el tesoro que tenía entre las manos, casi le daba miedo. Nunca le había pesado tanto la obligación de su amor como este regalo de tener que imaginársela: era como si hubiera aceptado de ella algo que no habría exigido si el cariño hubiera sido recíproco.

Se quedó sentado un buen rato contemplando las hojas esparcidas encima del escritorio; y al percatarse de repente de su relevancia, se las imaginó transmutadas en oro gracias a un proceso alquímico que se producía mientras las miraba. Tenía la sensación de que no estaba solo en la sala, de que otra presencia lo estaba observando y de que esa presencia carecía de los impulsos subconscientes que ahora le anidaban en los surcos de la frente con oleadas de humillación. Se levantó al fin, y con el ademán propio de un hombre que ansía materializar su propósito —buscando, por decirlo así, una coartada moral— apiló las cartas y las llevó junto a la chimenea. Quemar los fajos le habría llevado demasiado tiempo. Regresó a la mesa y, una a una, fue metiendo las hojas en los sobres. Después los ató para introducirlos otra vez en el cajón,

bajo llave.

CAPÍTULO III

Una de las constantes de la relación entre Glennard y la señorita Trent era que él siempre la visitaba al día siguiente de haber tomado la decisión de romper con ella. Esos movimientos arrancados de las fauces de la renuncia tenían un encanto especial, pero en esta ocasión Glennard había exagerado su importancia hasta el punto de que apenas podía apreciar la gravedad añadida en el recibimiento que ella le brindaba.

Había interiorizado sus sentimientos hacia ella de un modo tan vital que su cercanía tenía la capacidad de hacerle reajustar, de manera imperceptible, su punto de vista, por lo que las confusas lecciones de la experiencia se derrumbaban de repente ante un examen racional. Esta redistribución de los valores hacía que el melancólico viaje al pasado de la noche anterior quedase reducido a una mera nube en los límites de la conciencia. Tal vez el único favor que una mujer rechazada puede hacerle al hombre al que ama es realzar y prolongar las ilusiones de éste hacia su rival. El recuerdo de Margaret Aubyn estaba destinado a servir de contraste a la presencia de Alexa Trent, y la pobre mujer nunca había puesto de mayor relieve la figura de su sucesora.

La señorita Trent tenía el encanto de las aguas mansas que son renovadas por rápidas corrientes. Su superficie se mantenía en calma cuando prestaba atención a las demostraciones de atención de los demás y sólo en los días de tormenta sentía la presión de las mareas. Esta indefinible compostura era quizá su mejor virtud a ojos de Glennard. La reserva, en algunos caracteres, les lleva a cerrar habitaciones vacías o disimular incómodas molestias, pero para Glennard las reticencias de la señorita Trent eran como la puerta cerrada de un templo, y ser consciente de que tras esa puerta había un tesoro escondido le bastaba para mantenerse felizmente a la espera con las excesivas expectativas de un neófito.

—No viniste anoche a la ópera —dijo ella para romper el hielo, en aquel tono suyo que parecía querer más informar de un hecho que reflexionar sobre él. Glennard respondió con un gesto de desánimo.

—¿Para qué? Ni siquiera hubiéramos podido hablar.

—No tan bien como aquí —asintió ella después de meditarlo un instante—. Como no viniste, hablé con la tía Virginia.

—¡Ah! —dijo él, y la información le sorprendió tanto que dejó de mirarle las manos, que habían adoptado, como de costumbre, una postura de refinada

plasticidad. Era como si sus manos se movieran sólo con algún propósito, pues llegaban a protagonizar intervalos de serena inactividad.

—Tuvimos una larga charla —siguió la señorita Trent y se detuvo un momento antes de añadir, con esa falta de énfasis con la que habituaba a tratar los asuntos más serios—: la tía Virginia quiere que viaje con ella al extranjero.

Glennard, dando un respingo, levantó la vista.

—¿Al extranjero? ¿Cuándo?

—Ya... El mes próximo. Estaríamos fuera dos años.

Hizo un movimiento de cariñosa burla.

—¿En serio? Me parece bien, yo también quiero que viajes al extranjero, pero conmigo... y durante varios años. ¿Cuál de las dos ofertas vas a aceptar?

—Parece que sólo una de ellas requiere que la considere inmediatamente —le contestó Alexa sonriendo.

Glennard la miró de nuevo.

—¿No vas a pensártelo?

Ella bajó la mirada y separó las manos. Sus movimientos eran tan pocos que podría decirse que subrayaban sus palabras.

—La tía Virginia hablaba en serio. Sería un gran alivio para mi madre y para los demás saber que alguien está en disposición de mantenerme durante dos años. Como comprenderás, debo pensármelo —se quedó mirando fijamente los bajos de su vestido que, a pesar de su aspecto renovado, procedía de los días iniciales del cortejo de Glennard—: trato de no ser muy cara, pero soy una carga.

—¡Por Dios! —gruñó Glennard.

Se sentaron en silencio hasta que, con mucho tacto, ella retomó la conversación.

—Ya sabes que, como la mayor que soy, estoy obligada a considerar este tipo de cosas. Las mujeres somos una carga... Jim hace lo que puede por madre, pero no es mucho, ya que tiene que mantener a sus hijos. Todos somos pobres, no es nada nuevo.

—Tu tía no es pobre. Podría ayudar a tu madre.

—Y lo hace... a su manera.

—Exacto... ¡Así son las relaciones con los ricos! Si estás triste, apáñatelas, pero para ser feliz hay que hacer lo que ellos digan... y ponerse su ropa vieja.

—Yo podría ser feliz con los viejos vestidos de la tía Virginia —le interrumpió la señorita Trent.

—¿En el extranjero?

—En cualquier sitio donde me sintiera útil. Y sé que si me voy al extranjero, serviré de algo.

—Ah, claro, ya veo. Y también me doy cuenta de tu habilidad para transformar sus ventajas en inconvenientes.

—¿Inconvenientes?

—Sí, porque te obsesionas con aquello de lo que vas a alejarte en vez de pensar en lo que supondría para ti. Por supuesto que para una mujer significa mucho poder escapar de una vida como ésta —dijo Glennard evaluando con una mirada de desprecio el pobre mobiliario—. La cuestión es si soportarías volver a ella.

Ella parecía aceptar con todas las consecuencias las reflexiones de Glennard.

—Sólo sé que no me gustaría perderla.

Él retrocedió, melancólico:

—¿Ni siquiera has pensado en ello, pues? ¿Ni remotamente?

—¿En qué? —la mirada de ella se hizo más profunda. Glennard se puso en pie y paseó por la habitación. Luego se situó ante ella:

—En la posibilidad de casarte conmigo.

El rubor fue pintándole la cara poco a poco —incluso su manera de sonrojarse era prudente—, hasta que los párpados inferiores se colorearon: los labios le temblaban, pero las palabras cedieron su sitio a una sonrisa, y aguardó. Glennard volvió a pasearse por la habitación con los pasos frustrados del hombre al que la exasperación nerviosa se le escapa por cada uno de sus músculos.

—¡Y pensar que en quince años tendré un gran bufete!

—¡En menos! —le brillaban los ojos.

—¡Maldita ironía! ¿Para qué preocuparse por el hombre que será entonces? ¡Sacrificar tu vida por un desconocido! —De repente tomó sus manos—. Irás a Cannes, supongo... a Montecarlo... Le escuché decir a Hollingsworth que pensaba navegar hasta el Mediterráneo...

—Si eso es lo que piensas —soltó sus manos.

—No, no lo hago, ojalá lo hiciera. Sería todo más fácil... —se interrumpió,

de forma incoherente—. Pero quizá tu tía Virginia sí. Te induce de algún modo a Hollingsworth y al Mediterráneo —volvió a tomar sus manos—. Alexa, ¿no habrá algún escondrijo para nosotros fuera de la ciudad?

—Ojalá lo hubiera —suspiró, medio rendida.

—Uno de esos sitios donde bromean sobre los mosquitos —la alentó—, ¿te las apañarías con un solo sirviente?

—Y tú, ¿te las apañarías sin tus botas bien lustradas?

—¡Entonces prométeme que no te irás!

—¿En qué estás pensando, Stephen?

—No lo sé —tartamudeó, pues sus intenciones habían cobrado nuevos bríos con la pregunta—. Aún está todo en el aire, claro, pero el otro día me hicieron una buena oferta...

—¿Es una especulación tuya? —exclamó ella con una especie de terror supersticioso.

—No, por Dios. Se trata de algo seguro... Casi preferiría que no lo fuera, quiero decir, que puede que salga bien —se le apareció entonces, de manera repentina, la tentación en toda su magnitud. ¡Si no hubiera estado tan seguro de Dinslow! Pero su convicción otorgaba a la situación el elemento de seguridad que necesitaba.

—No te entiendo —vaciló ella.

—¡Confía en mí! —imploró él, con brío renovado. Y volviéndose hacia ella, de pronto, concluyó—: Sabes que si te vas, te irás libre.

Ella se echó hacia atrás, ligeramente más pálida.

—¿Por qué me lo pones tan difícil?

—Para que sea más fácil para mí —respondió.

CAPÍTULO IV

La tarde siguiente Glennard salió de la oficina más temprano de lo habitual y, de camino a casa, se detuvo en una biblioteca pública.

Era la hora del cierre y estaba solo, por lo que el bibliotecario pudo dedicarle atención personalizada en su indecisa petición de cartas... epistolarios. El bibliotecario le sugirió Walpole.

—Me refería a mujeres... Cartas de mujeres.

Le recomendó entonces Hanna More y la señorita Martineau.

Glennard maldijo su dificultad para expresarse.

—Quería decir cartas... a otra persona... a un hombre: su marido... o...

—Ah —dijo el bibliotecario inspirado—: Eloísa y Abelardo.

—Bien... ¿quizá algo más reciente? —dijo Glennard con delicadeza—. ¿No escribió Merimée...?

—En ese caso las cartas de la mujer no se publicaron.

—Ya lo sé —respondió Glennard, enojado por su metedura de pata.

—Están las cartas de Georges Sand a Flaubert.

—¡Ah! —Glennard titubeó—. ¿Ella era...? ¿Eran...? —se irritaba por su ignorancia acerca de los recovecos sentimentales de la literatura.

—Si busca cartas de amor, tal vez le sirvan algunas de las correspondencias del dieciocho francés: Mademoiselle Aïssé o Madame de Sabran...

Glennard, sin embargo, insistió:

—Prefiero algo moderno... inglés o americano. Necesito buscar una cosa —concluyó sin convicción alguna.

El bibliotecario sólo pudo sugerirle que probara con George Eliot.

—De acuerdo. Deme entonces algunas de las francesas. Y me llevaré también las de Merimée. Fue la mujer quien las publicó, ¿verdad?

Acarreó, los libros desde el umbral hasta el taxi que lo llevó a casa. Cenó solo y deprisa en un pequeño restaurante cercano y volvió enseguida a sus libros.

Esa noche, ya muy tarde, se desnudó pensando en el impulso deleznable que le había obligado a dirigir aquellas últimas palabras a Alexa Trent. Ya era lo suficientemente perverso interponerse en las oportunidades de la joven, apartándola de otros hombres, pero era peor si cabe justificar su debilidad pintándole el futuro con falsas y ambiguas ilusiones. Se vio a sí mismo hundiéndose cada vez más hondo por la cobardía de sus sentimientos al renunciar a dejarla marchar, y se dio asco al pensar que el más alto sentimiento del que se suponía capaz estaba intoxicado con semejantes principios.

La visión de su letra apenas lo animó cuando se despertó. Abrió la nota y leyó las escasas líneas —raramente se excedía de una página— con esa aprensión tan lúcida que siempre precede a una desgracia.

Mi tía parte en barco el sábado y debo responderle pasado mañana. Por

favor, no vengas hasta entonces... Quiero tomar yo sola la decisión. Sé que debería ir. ¿Por qué no me ayudas a hacer lo correcto?

Por tanto, ya estaba decidido. La ayudaría, no se interpondría en su camino, la dejaría ir. Durante dos años había estado viviendo la vida de otro hombre más afortunado y había llegado el momento de recuperar la suya propia. Ya no trataría de mirar adelante, de buscar a tientas su camino en el eterno laberinto de las dificultades materiales; una triste resignación se cernía sobre él como una niebla.

—¡Hola, Glennard! —gritó alguien cuando se apeaba de un tranvía en una esquina de la zona residencial aquella tarde. Glennard alzó la vista y se encontró con la sonrisa interrogante de Barton Flamel, que desde el bordillo miraba cómo se alejaba el tranvía con ojos de filósofo convencido de que no tardará en venir otro.

Glennard sintió su habitual impulso de satisfacción al encontrarse a Flamel, pero esta vez no se vería reducido por el desdén con el que, frecuentemente, se saldaban sus encuentros. Seguramente ninguno de los pocos hombres que habían conocido a Flamel desde su juventud podría haber dado una buena razón para explicar el vago recelo que inspiraba. Hay personas a las que se juzgan por sus actos y a otras por sus ideas, quizá la mejor manera de definir a Flamel sea decir que su famosa mirada de indulgencia solía dirigirse hacia su propio ombligo sin reserva alguna. Puede que las mentes sencillas se ofendieran al descubrir que todas sus opiniones se basaban en meras impresiones, pero no pesaba contra él más cargo que el de la duda acerca de cómo reaccionaría en un caso de urgencia, y su compañía se consideraba una de esas disipaciones un poco desagradables que la gente prudente puede soportar de vez en cuando. Ahora se le ofrecía a Glennard como una fácil escapatoria de su obsesión por los problemas morales, que, del mismo modo que los roquetes desentonan en la calle, no podían lucirse en presencia de Flamel.

—¿A dónde va? ¿Al club? —preguntó Flamel, y al ver que el hombre más joven asentía, añadió—: ¿Por qué no viene a mi estudio? Es mejor soportar a un solo pelmazo que, a veinte, ¿no cree?

El apartamento al que Flamel se refería como estudio sólo hacía honor a ese nombre por un atril siempre vacío: el resto del espacio había sido ocupado con pruebas de un minucioso diletantismo. El entorno parecía la visible expresión de la amplitud de miras de su propietario y en él destacaban hileras de buenos libros que reflejaban la principal preocupación de Flamel.

Mientras su anfitrión se ocupaba en descorchar una botella de agua mineral Apollinaris, Glennard examinó las hileras de cálido tafilete con ojos de inexperta curiosidad.

—Tiene una espléndida colección de libros —le dijo.

—Son bastante decentes —afirmó Flamel con el tono cortante del coleccionista que no habla de su pasión por miedo a quedarse sin tema de conversación. Luego, con las manos metidas en los bolsillos, como Glennard, empezó a recorrer mecánicamente la larga fila de estanterías.

—Algunos hombres —añadió Flamel sin poder resistirse— piensan que los libros son meramente herramientas, y otros simples estampaciones. Yo creo que son ambas cosas. Hay días en los que los uso como decorado y otros como compañía: así que, como ve, mi biblioteca representa un compromiso improvisado entre la apariencia y la inteligencia, y los coleccionistas me desprecian casi tanto como los estudiantes.

Glennard no respondió, siguió inspeccionando libros de manera mecánica. Sus manos se deslizaban curiosas sobre las suaves cubiertas y recorrían con silenciosa calma las tripas. De pronto llegó a un fino volumen de desteñido manuscrito y con desgano asombro preguntó:

—¿Qué es esto?

—Ah, ese es el estante de los manuscritos... Últimamente me ha dado por ellos —Flamel se acercó y miró por encima de sus hombros—. Eso es de Stendhal —una de las historias italianas—, y ahí hay unas cartas de Balzac a Madame Commanville.

Glennard cogió el libro con súbito entusiasmo.

—¿Quién era Madame Commanville?

—Su hermana —se dio cuenta de que Flamel lo miraba con esa sonrisa que era como una interrogación—. No sabía que le interesaban este tipo de cosas.

—Y no me interesan... al menos nunca se me ha presentado la ocasión. ¿Tiene más colecciones de cartas?

—Por Dios, no... Muy pocas. Acabo de empezar y casi todas las más interesantes no están a mi alcance. Sin embargo, aquí guardo una pequeña recopilación, es lo más raro que tengo: media docena de cartas de Shelley a Harriet Westbrook. Tardé una eternidad en conseguirlas... muchos coleccionistas andaban tras ellas.

Glennard le quitó el volumen de las manos y miró con aversión las horas amarillentas intercaladas entre sus páginas.

—Fue aquélla que se ahogó, ¿verdad?

—Supongo que ese pequeño episodio aumenta su valor un cincuenta por ciento —asintió Flamel, pensativo.

Glennard dejó el libro. Se preguntaba qué hacía reunido con Flamel. No estaba de humor para disfrutar de la charla de aquel hombre y percibió cómo se recrudecía su desdicha personal hasta convertirse en una marea helada.

—Creo que debo marcharme —dijo—. He olvidado un compromiso.

Se dio la vuelta para salir, pero en ese preciso instante fue consciente de la ambigüedad de sus intenciones, pues el aparente deseo de marcharse se revelaba como un último esfuerzo de su voluntad frente al anhelo dominante de quedarse y desahogarse con Flamel.

El hombre, como adivinando su preocupación, lo retuvo agarrándolo del brazo.

—¿Esa cita no puede esperar? Siéntese y pruebe uno de estos cigarros. No tengo la suerte de verle por aquí a menudo.

—Supongo que no me queda alternativa —respondió Glennard vagamente, y volvió a sentarse.

Flamel había arrimado una pequeña tarima con una botella de Apollinaris y una licorera de coñac y, recostado en su amplio sillón, lo escrutaba a través de una nube de humo con la cómoda tolerancia de un hombre que no necesita que le expliquen las incongruencias. La complicidad flotaba en el aire. Era el tipo de atmósfera en la que lo escandaloso pierde su contorno y Glennard fue sintiendo cómo sus nervios se relajaban poco a poco.

—Supongo que debe de pagarse una fortuna por esas cartas —se oyó preguntar, mirando en la dirección del volumen que antes había cogido de la estantería.

—Bueno, depende de las circunstancias —Flamel lo observaba, pensativo—, ¿está pensando en hacerse coleccionista?

Glennard rio.

—Cielo santo, no, Al revés.

—¿En vender?

—No sé muy bien. Estaba pensando en un pobre tipo...

Flamel llenó la pausa asintiendo con interés.

—Un pobre tipo al que conocía... murió... murió el año pasado... y me dejó un montón de cartas que según él eran muy... me tenía en gran estima y me las dejó sin reservas con la idea, supongo, de que me beneficiara de algún modo... no sé... no sé mucho de estos asuntos... —estiró la mano hasta alcanzar el vaso que su anfitrión le había vuelto a llenar.

—Una colección de cartas autobiográficas, ¿eh? ¿Algún nombre célebre?

—Bueno... sólo uno. Son cartas que le escribió... una persona, ya me entiende; una mujer, de hecho...

—Ah, una mujer —dijo Flamel con descuido.

A Glennard le molestó su obvia falta de interés.

—Pero creo que tendrían una gran repercusión si se publicaran.

Flamel aún parecía desinteresado.

—Cartas de amor, supongo...

—Sólo... las cartas que una mujer escribiría a un hombre al que conocía bien. Eran grandes amigos.

—¿Y escribió alguna carta inteligente?

—¿Inteligente? Era Margaret Aubyn.

El silencio inundó la habitación. Glennard tuvo la sensación de que sus palabras habían manado como la sangre de una herida.

—¡Madre mía! —exclamó Flamel irguiéndose—, ¿una colección de cartas de Margaret Aubyn? ¿Y ha dicho que usted es el dueño?

—Me las dejó... mi amigo.

—Comprendo. ¿Y él era...? En fin, no importa. Van a felicitarle como poco. ¿Qué piensa hacer con ellas?

Glennard se incorporó con una sensación de cansancio en todos sus huesos.

—Pues no lo sé. No lo he pensado mucho. Acabo de enterarme de que alguien está escribiendo su biografía...

—Joslin, sí. ¿No ha pensado en dárselas a él?

Glennard vagó por la sala y se quedó mirando un Baco de bronce que apoyaba su adornada cabeza sobre el frontispicio de un armario italiano.

—¿Qué debería hacer? Usted es la persona adecuada para aconsejarme —sintió la sangre agolparse en sus mejillas mientras hablaba.

Flamel se sentó, reflexionando.

—¿Qué quiere hacer con ellas? —preguntó.

—Quiero publicarlas... —dijo Glennard, girándose en redondo con repentina energía—. Si puedo...

—¿Si puede? ¿No ha dicho que son suyas?

—Llegaron bastante rápido a mis manos. No hay nadie que pueda

impedirlo... Quiero decir que no hay restricciones... —se detuvo ante la sensación de que esta acumulación de pruebas de impunidad parecía actuar precisamente en contra de sus actos.

—Y creo que la señora Aubyn no tenía familia, ¿verdad?

—No.

—Entonces no se me ocurre quién podría interferir —dijo Flamel, examinando la boquilla de su cigarro.

Glennard había vuelto su ciega mirada hacia una extasiada Santa Catalina enmarcada en oro empañado.

—Las cosas son así —volvió a empezar, haciendo un esfuerzo—: cuando las cartas son tan personales... como las de mi amigo... bueno, no me importa confiarle que el dinero me cambiaría la vida; tanto que me oscurece el juicio... la cuestión es que si pudiera hacerme con unos pocos miles ahora, podría meterme en algo grande; y sin riesgos; y quisiera saber si usted considera que eso lo justifica... considerando las circunstancias... —la garganta se le había secado.

Un instante más tarde pensaba que no podía haber caído más bajo. En realidad estaba menos avergonzado de sopesar la tentación que de presentarle sus escrúpulos a un hombre como Flamel y de fingir que apelaba a sentimientos de delicadeza cuya ausencia había calculado conscientemente. Pero había llegado a un punto donde cada palabra parecía forzar la siguiente, igual que la ola del arroyo se ve obligada a avanzar por la fuerza que la empuja; y antes de que Flamel pudiera abrir la boca, titubeó.

—¿Entonces no cree que la gente hablará... que pueda criticar al hombre...?

—Pero el hombre está muerto, ¿no?

—Sí, está muerto, pero... ¿puedo asumir yo la responsabilidad sin...?

Flamel vaciló y casi de inmediato los escrúpulos de Glennard cedieron paso al enfado. ¡Como Flamel pusiera alguna traba a estas alturas...!

Pero la respuesta del hombre lo tranquilizó.

—¿Por qué habría usted de asumir la responsabilidad? Su nombre ni siquiera aparecerá, por supuesto; y no veo que debiera hacerlo el de su amigo tampoco. Él no es famoso, ¿verdad?

—No, no.

—Entonces las cartas podrían ir dirigidas a un tal señor Nadie. Asunto arreglado, ¿no le parece?

Las dudas de Glennard resurgieron.

—Para el público sí, pero no veo que eso cambie las cosas para mí. La cuestión es: ¿debería publicarlas de todos modos?

—Claro que debería —dijo Flamel con estimulante énfasis—. No tiene excusas para ocultarlas. En estos tiempos cualquier cosa de Margaret Aubyn es más o menos de dominio público. Ella es un genio para todos nosotros. Me estaba preguntando cómo podría sacarles el mejor partido... para usted, me refiero. ¿Cuántas son?

—Oh, muchas... Tal vez cien. No las he contado. Puede que más...

—¡Dios! ¡Menudo botín! ¿Cuándo las escribió?

—No lo sé... quiero decir... durante años. ¿Importa mucho? —Glennard intentó alcanzar su sombrero con un ligero impulso.

—Todo importa —dijo Flamel, imperturbable—. Una prolífica correspondencia... que abarque un periodo de tiempo... resulta, obviamente, más valiosa que si la misma cantidad de cartas se hubiesen escrito en un solo año. En cualquier caso, ¿no va a dárselas a Joslin? Llenarían un libro, ¿no cree?

—Supongo. No sé cuánto cuesta llenar un libro.

—Y dice que no son cartas de amor...

—¿Por qué? —se le escapó.

—Ah, por nada... sólo que el gran público es sentimental y si lo fueran... vamos, podría usted hacer dinero con las cartas de amor de Margaret Aubyn.

Glennard quedó en silencio.

—¿Las cartas tienen interés en sí mismas? Quiero decir, aparte de que pertenezcan a ella.

—¿Quién soy yo para juzgar eso? —Glennard se puso el sombrero y se enfundó en su abrigo—. Me imagino que no haré nada... Y, Flamel, no le hable a nadie de esto.

—No, por Dios. En fin, le felicito. Tiene algo grande —Flamel le sonreía de corazón.

Desde el umbral, Glennard se vio forzado a corresponderle, mientras preguntaba con indiferencia:

—Económicamente hablando, ¿no?

—Bastante, diría yo.

La mano de Glennard seguía en el tirador.

—¿Cuánto?... Usted entiende de estas cosas.

—Bueno, tendría que ver las cartas, pero diría... a ver... si tiene suficientes para llenar un libro, son legibles y el libro sale en el momento oportuno... pongamos diez mil al contado del editor y posiblemente uno o dos mil más en derechos de autor. Y si logra que los editores pujen entre sí aún puede sacarle más dinero, pero claro, estoy hablando a ciegas.

—Claro —dijo Glennard atacado de un vértigo repentino. La mano había resbalado del pomo y él miraba fijamente al suelo, a las exóticas espirales de la alfombra persa que tenía bajo los pies.

—Tendría que ver las cartas —repitió Flamel.

—Por supuesto... tendría que verlas... —murmuró Glennard; y sin darse la vuelta, le lanzó un «adiós» inarticulado por encima del hombro.

CAPÍTULO V

Cuando Glennard la vislumbró entre los árboles, la casita no parecía más que una alegre tienda de campaña silueteada por los rayos del sol. Tenía la rigidez de un vestido veraniego recién almidonado y los geranios de la galería crecían parejos como las flores de un sombrero. El jardín prosperaba de manera irregular. Las semillas que habían sembrado al azar —entre risueñas e incompetentes ofensivas— habían crecido en un fragante desafío de su desatino. Sonrió al ver la clemátide desplegar sus puntuales alas sobre el porche. El césped era tan suave como unas mejillas lampiñas y un rosal carmesí trepaba hasta la ventana del cuarto de un bebé que nunca lloraba. La brisa hacía temblar el toldo que cubría la mesita de té, y al acercarse pudo ver a su esposa inclinada sobre una tetera a punto de hervir. La escena sugería con tanta viveza la pintada placidez de un decorado que apenas nos habría llamado la atención verla adelantarse entre las flores y gorjear su virtuosa felicidad desde la baranda de la galería.

El calor viciado del largo día en la ciudad y la polvorienta promiscuidad del tren suburbano se habían convertido en la antítesis de una noche de brisas perfumadas y tranquila conversación. Llevaban casados más de un año y cada regreso a casa aún reflejaba la frescura del primer día juntos. Si su felicidad tenía algún defecto era el de parecerse demasiado a la lúcida temporalidad de su entorno. Su amor todavía no era más que la alegre tienda de campaña de unos veraneantes.

Su mujer levantó la vista con una sonrisa. Le gustaba la vida en el campo y su belleza había ganado profundidad a partir de una calma que en algunos rostros podría haber derivado en opacidad.

—¿Estás muy cansado? —le preguntó mientras le servía el té.

—Lo bastante para disfrutar de esto —se levantó de la silla en la que se había desplomado y se inclinó sobre la bandeja para coger la leche—, ¿has tenido visita? —preguntó, advirtiendo la presencia de una taza medio vacía a su lado.

—Sólo Flamel —contestó ella con indiferencia.

—¿Flamel? ¿Otra vez?

—Acaba de irse. Tiene el barco atracado en Laurel Bay y ha venido en una calesa que le han dejado los Dresham —contestó ella sin muestras de sorpresa.

Glennard no hizo ningún comentario y ella continuó, apoyando la cabeza en los cojines de la silla de bambú.

—Quiere que el domingo que viene vayamos a navegar con él.

Glennard removió el té, pensativo. Trataba de encontrar la manera menos artificial de expresarse y su voz parecía venir de algún otro lado, como si hablara a través de una marioneta.

—¿Te apetece?

—Como tú prefieras —dijo ella, complaciente. Ninguna afectación de indiferencia podría haber sido más desconcertante que su conformidad. Y últimamente Glennard estaba empezando a sentir que la superficie que un año antes había tomado por una lámina de cristal transparente podía ser, después de todo, un espejo donde sólo se reflejara su propia concepción de lo que había detrás.

—¿Te agrada Flamel? —le preguntó de repente; ella, que seguía entretenida con el té, le devolvió una respuesta típicamente femenina.

—Creía que a ti sí.

—Por supuesto —accedió, irritado por su incorregible tendencia a magnificar la importancia de Flamel dándole vueltas al tema—; un paseo en barco sería estupendo; vayamos.

Ella no contestó y él sacó los periódicos de la tarde, que se había metido en el bolsillo al bajar del tren. Mientras los estiraba era como si su propio semblante se sometiera al mismo proceso. Echó una ojeada a la página de la Bolsa y la impertinente personalidad de Flamel desapareció tras las filas de números que avanzaban a trompicones por salir a la luz, como prolíficos

portadores de buenas noticias. Las inversiones de Glennard prosperaban como su jardín: las acciones más áridas florecían en dividendos y una dorada cosecha aguardaba su hoz.

Miró a su esposa con el aire tranquilo del hombre que digiere la buena suerte con la misma naturalidad con que la tierra seca absorbe la lluvia.

—Las cosas están yendo de maravilla. Creo que podremos pasar dos o tres meses en la ciudad el próximo invierno si encontramos algo barato.

Ella le dedicó una amplia sonrisa; estaba encantada de poder decir, con cara de estar sopesando las consecuentes ventajas:

—¿En serio? Casi voy a sentirlo por el bien del bebé; pero si vamos podríamos quedarnos en la casa de Kate Erskine... ella nos la dejará por casi nada...

—Bueno, pues escríbele y pregúntaselo —le recomendó, mientras sus ojos viajaban en busca de la previsión del tiempo. Se había equivocado de página y de pronto una línea de caracteres negros le asaltó como si le tendiera una emboscada.

«Las cartas de Margaret Aubyn. Dos volúmenes. Hoy a la venta. Primera edición, con tirada de cinco mil ejemplares, agotada antes de salir de la imprenta. La segunda edición saldrá la semana que viene. EL LIBRO DEL AÑO...».

Levantó la vista torpemente. Alexa permanecía sentada con la cabeza echada: la pureza de su perfil destacaba contra los cojines, y sonreía al pensar en las posibilidades que habían abierto las últimas palabras de su marido. A su espalda, rayos de sol y sombras temblorosas recorrían el toldo listado. Una hilera de arces y un seto privado escondían los gabletes de las casas vecinas, proporcionándoles la posesión íntegra de su frondosa parcela de medio acre. Hasta hacía apenas un instante, su vida había sido como aquel trozo de tierra: cercada, aislada de impertinencias, impenetrablemente de los dos. Ahora le parecía que todas las hojas de arce, todos los brotes de su jardín representaban una implacable mirada humana que oprimía la intimidad de ambos. Era como sentarse en una habitación luminosa y sin cortinas en medio de una oscuridad repleta de observadores hostiles... Su esposa aún sonreía, y era como si su ignorancia del peligro hiciera imposible, de un modo terrible, que pudiera salvarse...

Nunca se imaginó que las cosas serían así. Después de aquellas primeras y odiosas semanas que empleó en preparar las cartas para su publicación, en enviárselas a Flamel y en negociar con los editores, la transacción le había hecho perder la conciencia, sumergiéndola en ese limbo desconocido al que relegamos los actos que preferiríamos no haber cometido, pero que no

sabemos cómo deshacer. Desde el momento en que la señorita Trent le había hecho la promesa de no embarcar con su tía, su primera obligación fue para con ella: se había convertido en su conciencia. La suma obtenida de los editores gracias a las diestras manipulaciones de Flamel, oportunamente transferida a la exitosa empresa de Dinslow, le proporcionó un rendimiento que, combinado con sus ganancias profesionales, eliminaron las preocupaciones de su modo de vida, convirtiéndolo en la expresión de una elegante preferencia por la simplicidad. Aunque no habría estado mal que la mitigada pobreza consintiera en poner algunas flores en la mesa del comedor. Glennard apenas empezaba a sentir el magnetismo de la prosperidad. Los clientes que habían pasado de largo por su puerta en aquellos días de hambre ahora la buscaban sabiendo que albergaba el nombre de un hombre de éxito. Por todos era conocido que una pequeña herencia, sabiamente invertida, era la fuente de su fortuna; y pensaban que un hombre que había sacado tan buen rendimiento de su dinero podía hacer lo mismo con el de los demás.

Pero donde Glennard saboreaba las mieles del éxito era en la íntima recompensa de la felicidad de su esposa. Al haber tenido que soportar tantas estrecheces en la vida, las condiciones que Glennard le ofrecía le parecieron holgadas y encajó en su nueva vida sin tener que realizar grandes esfuerzos de adaptación, tan dolorosos para el orgullo de un marido como la importantísima reorganización del mobiliario nupcial. A cambio, Alexa le había otorgado el delicado placer de verla desarrollarse como una criatura marina devuelta a su elemento, extendiendo los atrofiados tentáculos de la vanidad pueril y el placer a la creciente marea del oportunismo. Y de algún modo, en aquella celda opaca de su conciencia que albergaba la autocrítica, la trayectoria de Glennard parecía justificada simplemente por su éxito material. ¿Cómo era posible que de aquel suelo contaminado hubiera brotado una buena cosecha?

Ahora tenía la odiosa sensación de estar atrapado en un negocio desfavorable. No sabía que las cosas serían así y una ira apagada se le iba acumulando poco a poco en el corazón. ¿Ira contra quién? ¿Contra su esposa, por ignorar su sufrimiento? ¿Contra Flamel, por ser el causante inconsciente de su mal proceder? ¿O contra el mudo recuerdo al que sus propios actos habían otorgado de repente una voz acusadora? Sí, era eso; y su castigo, de ahora en adelante, sería la presencia, la ineludible presencia, de la mujer a la que había evitado durante tanto tiempo. Ahora siempre estaría allí, como si se hubiera casado con ella en lugar de con la otra. Eso era lo que ella siempre había querido: estar con él; y al final lo había logrado...

Se incorporó de un salto, como si fuera a alzar el vuelo... y el repentino movimiento hizo que Alexa levantara la vista y le preguntara, con voz indiferente de mujer cuya vida está inmersa en un círculo mágico de prosperidad:

—¿Alguna novedad?

—No, ninguna... —contestó, con una sensación de peligro inminente.

Los periódicos estaban esparcidos a sus pies... ¿y si los viera? Estiró el brazo para recogerlos, pero lo que pensó a continuación le demostró la inutilidad del encubrimiento: el mismo anuncio aparecería todos los días, durante semanas, en todos los periódicos; ¿cómo iba a evitar que lo viera? No podía estar siempre escondiéndoselos... En fin, ¿y qué pasaría? No significaría nada para ella, lo más probable es que nunca leyera el libro... En cuanto su esposa dejó de ser un elemento temible en sus conjeturas, la distancia que los separaba pareció reducirse, y la introdujo de nuevo, por así decirlo, en el círculo de su protección conyugal... ¡Y pensar que un momento antes había estado a punto de odiarla!... Se rio en voz alta de sus miedos infundados... No estaba en sus cabales, sin duda.

—¿De qué te ríes? —le preguntó.

Muy elaboradamente, le explicó que se estaba acordando de una vieja que iba en el tren, una anciana cargada con muchos paquetes que había perdido el pasaje... Pero mientras la iba narrando, la historia parecía haber perdido su gracia, y apreció la diplomacia de la sonrisa que ella le dedicó. Consultó el reloj.

—¿No es hora de vestirse?

Alexa se levantó con tranquila desgana.

—Es una pena entrar. Se está tan bien en el jardín...

Se sentaron juntos, contemplando su dominio. A esa hora ya no quedaba espacio para la sombra del olmo en la esquina del seto: cruzó la hierba, cortó en dos la linde de flores y subió por el lateral de la casa hasta la ventana del cuarto infantil. Alexa se inclinó para sacudir una oruga de la madreSelva; luego, cuando entraban en la casa, le sugirió:

—Si vamos a ir en el barco el próximo domingo, ¿no deberías decírselo a Flamel?

La exasperación de Glennard se desvaneció de inmediato.

—Claro que se lo haré saber. Parece que siempre insinúas que voy a ser grosero con Flamel.

Las palabras reverberaron en el silencio de su esposa. Alexa tenía la costumbre de darle espacio para que pudiera contemplar sus propias insensateces con cierta distancia. Glennard dio media vuelta y subió al piso de arriba. Mientras se dejaba caer en una silla delante de la cómoda se dijo a sí mismo que en la última hora había sondado las profundidades de su

humillación y que los posos más hondos, el limo del fondo, albergaban la odiosa necesidad de ser siempre, mientras los dos vivieran, cortés con Barton Flamel.

CAPÍTULO VI

La semana en la ciudad había sido agobiante, y los hombres, vestidos con trajes blancos de dril y franela, lo que les proporcionaba la liberación dominical, llenaban las tumbonas del velero con su extensa apatía, siguiendo, a través de una neblina de humo de tabaco, las veleidosas intrascendencias de las mujeres. El grupo era pequeño —Flamel tenía pocos amigos íntimos—, pero sus componentes eran más heterogéneos que los que solían conformar las reuniones sociales. La reacción ante el principal episodio de su vida pasada había provocado en Glennard una incómoda aversión hacia cualquier tipo de lucimiento personal. La inteligencia era provechosa en los negocios, pero en sociedad le parecía tan inútil como las falsas cascadas que forma un arroyo para impulsar un molino. Le gustaba el punto de vista colectivo que guardaba la civilizada uniformidad del atuendo, y la actitud de su esposa mostraba idéntica predilección; sin embargo, ambos eran conscientes de estar introduciéndose poco a poco en la intimidad de Flamel. Alexa había dicho una o dos veces que le divertía reunirse con gente inteligente, aunque su disfrute adoptó la negativa forma de una sonriente receptividad; y Glennard empezaba a sentir una creciente simpatía por aquellas personas que abandonaban sus pensamientos a merced de los de la comunidad.

La tranquila cubierta del barco era un agradable refugio del calor de tierra, y el perfil de su esposa, serenamente proyectado contra el azul cambiante del mar, se instaló en sus retinas como una mano fresca que templara sus nervios. Nunca se había sentido más impresionado por aquella rotundidad que elevaba su belleza por encima de los transitorios dones de las otras mujeres y que hacía que el rostro más armonioso pareciera tan sólo una fortuita distribución de rasgos.

Las damas que eran sujetos directos de estas comparaciones estaban ya acostumbradas a asumir riesgos similares con resultados más gratificantes. La señora Armiger, de hecho, había sido durante mucho tiempo la mejor alternativa para aquellas mujeres que no podían «ver» la belleza de Alexa Glennard; y las llamadas de atención de la señora Touchett se basaban en ese reparto de dones que tanto maravilla a los que admiran a un país cuya gente es sumamente culta. Las circunstancias obligaban a la tercera dama del trío, al que la imaginación de Glennard había tratado de manera tan poco halagadora,

a bailarle el agua a las otras dos. Era la señora Dresham, la mujer del director del Radiator. La señora Dresham era una dama que se había rescatado a sí misma de la oscuridad social asumiendo el papel de exponente e intérprete de su marido; y como Dresham era un devoto de las mujeres excelsas, la actitud de su esposa exponía a la celebración pública la excelencia de todas ellas. Por el comprensible fastidio de esa tarea, la señora Dresham recibía a cambio la satisfacción de que hubiera algunas personas que la tildaran a ELLA de mujer excepcional y que probablemente comprarán a su vez una distinción similar con la calderilla de su meditada importancia. Las otras damas del grupo no eran más que las esposas de algunos de los hombres... mujeres acostumbradas a que nadie se dirigiera a ellas ni contestara a sus preguntas.

La señora Armiger, la última encarnación del instinto de excelencia de Dresham, era una belleza inocente que durante años había destilado aburrimiento entre un grupo de personas que ahora se autocondenaban por su incapacidad para apreciarla. Bajo la tutela de Dresham se había convertido en una «mujer de talento», que leía sus editoriales del Radiator y compraba los libros que él le recomendaba. Cuando aparecía una nueva novela, todo el mundo quería conocer la opinión que ésta le merecía, y hasta un joven caballero que había hecho un viaje por Turena le había dedicado hacía poco los notables resultados de sus exploraciones.

Glennard, reclinándose y apoyando la cabeza en la barandilla, con una línea de azul fugitivo entre los párpados medio cerrados, habría deseado que la señora Armiger no hubiera estropeado la tarde haciendo hablar a la gente. Y aunque redujo al mínimo su enfado no poniendo atención en lo que decían, tanta palabrería inútil le dejó un rescoldo de malestar.

El regalo del silencio de su esposa le parecía la muestra más evidente de la impericia del habla como modo de intercambio, y sus ojos se habían vuelto a mirarla para renovar el aprecio por esta facultad suya, cuando la voz de la señora Armiger lo trajo de vuelta a las subestimadas potencialidades del lenguaje.

—Señora Glennard, usted las ha leído, ¿verdad? —oyó que le preguntaba y que, en vista del ligero desconcierto de Alexa, continuaba—: Las Cartas de Aubyn... el único libro del que se habla esta semana.

La señora Dresham advirtió de inmediato su ventaja.

—¿Que NO las ha leído? ¡Esto sí que es raro! Como dice la señora Armiger, el libro está en el aire: uno lo respira como la gripe.

Glennard se sentó, inmovilizado, observando a su esposa.

—Tal vez no haya llegado aún a los suburbios —dijo ella, con su imperturbable sonrisa.

—¡Ay, DEJE que me siente con usted entonces! —exclamó la señora Touchett—. ¡Lo que sea para cambiar de aires! Estoy totalmente enganchada y soy incapaz de dejarlo. ¿No puede navegar lejos de su alcance, Flamel?

Flamel sacudió la cabeza.

—Ni con esta brisa. La literatura viaja más rápido que el vapor hoy en día. Y lo peor es que ninguno de nosotros puede dejar de leer; es tan pérfido como un vicio y tan pesado como una virtud.

—Yo creo que es un vicio, o casi, leer un libro como las Cartas —dijo la señora Touchett—. En ellas va el alma de una mujer, arrancada por completo desde la raíz... Su ser desnudo; y ante un hombre al que es evidente que no le importaba lo más mínimo; ¡bien podría haberle importado! No pienso leer ni una línea más; es como mirar por el ojo de una cerradura.

—Pero ¿y si ella quería que se publicaran?

—¿Qué? ¿Y cómo sabemos que era eso lo que quería?

—Bueno, he oído que le dejó las cartas al hombre, quienquiera que sea, con instrucciones de que a su muerte las publicara...

—No lo creo —declaró la señora Touchett.

—Entonces el hombre está muerto, ¿no? —preguntó uno de los hombres.

—¿Creen que si estuviera vivo podría mantener la cabeza alta, sabiendo que todo el mundo ha leído las cartas? —protestó la señora Touchett—. Ya debe de haber sido bastante horrible saber que le fueron escritas... ¡pero publicarlas! ¿Qué hombre podría hacer algo semejante? ¿Y qué mujer le habría pedido que lo hiciera?...

—Vamos, vamos —intercedió Dresham—; al fin y al cabo, no son cartas de amor.

—No, eso es lo peor: son cartas de desamor —replicó la señora Touchett.

—Entonces es obvio que no tenía por qué escribirlas; y podría haberle evitado al hombre, pobre diablo, el tener que recibirlas.

—Quizá contase con que el público le ahorraría el mal trago de tener que leerlas —dijo el joven Hartly, que aún estaba en la etapa de cinismo.

La señora Armiger volvió su belleza acusadora a Dresham.

—Por el modo en que lo defiende, creo que sabe quién es.

Todo el mundo miró a Dresham, y su esposa sonrió con el aire superior de la mujer que conoce los secretos profesionales de su marido. Dresham se encogió de hombros.

—¿Qué he dicho para defenderlo?

—Lo ha llamado pobre diablo... Le ha dado pena.

—¿Un hombre que permite que Margaret Aubyn le escriba esas cosas? Claro que me da pena.

—¡Entonces debe de saber quién es! —exclamó la señora Armiger, con cierto aire triunfante por su agudeza. Hartly y Flamel rieron y Dresham sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe, ni siquiera los editores; por lo menos, eso me dijeron.

—Así que eso le dijeron que nos dijera... —corrigió astutamente Hartly; y la señora Dresham añadió, como queriendo llevar la discusión un poco más lejos:

—Pero si él está muerto y ELLA también, alguien debe de haber dado las cartas a los editores.

—Probablemente un pajarito —dijo Dresham, sonriendo indulgente ante su propia deducción.

—Un ave de caza, en todo caso: un buitre, diría yo —intervino otro de los hombres.

—Ah, no estoy de acuerdo con ustedes —soltó Dresham—. Esas cartas pertenecen al público.

—No fueron escritas para el público, ¿cómo pueden pertenecerle? —dijo la señora Touchett.

—Bueno, en cierto sentido lo fueron. Una celebridad como Margaret Aubyn pertenece al mundo. Una mente semejante es parte del pensamiento colectivo. Es el precio de la grandeza: uno se convierte en un monumento histórico y la posteridad se encarga de mantenerlo, pero con la condición de que siga siempre abierto al público.

—No veo que eso exonere al hombre que cede las llaves del santuario, como es el caso.

—¿Y quién fue? —preguntó otra voz.

—¿Que quién fue? Imagino que nadie... el buzón, la rendija en la pared por la que las cartas pasaron a la posteridad...

—¡Pero ella nunca tuvo intención de dejarlas para la posteridad!

—Una mujer no debería escribir ese tipo de cartas si no quiere que se publiquen...

—¡No debería escribírselas a un hombre como ése! —corrigió con

desprecio la señora Touchett.

—Yo nunca guardo las cartas —dijo la señora Armiger, con la obvia impresión de que estaba aportando algo realmente valioso a la discusión.

Hubo una risa generalizada y Flamel, que todavía no había hablado, dijo con apatía:

—Ustedes las mujeres son siempre subjetivas, no tienen remedio. En cambio, me atrevo a decir que la mayoría de los hombres no verían en esas cartas más que su inmenso valor literario, su importancia documental. El lado personal no cuenta cuando hay otras cosas mucho más importantes.

—Venga, todos sabemos que usted no tiene principios —declaró la señora Armiger; y Alexa Glennard, con una sonrisa indolente, coincidió con ella.

—Yo nunca le escribiría una carta de amor, señor Flamel.

Glennard se apartó con impaciencia. La charla era tan aburrida como el zumbido de los mosquitos. Se preguntó por qué su esposa se había empeñado en arrastrarlo a esta expedición sin sentido... Odiaba al grupo de Flamel... ¿Y qué se traía Flamel entre manos para interferir como lo hacía, justificando la publicación de las cartas como si Glennard necesitase que lo defendiera?...

Volvió la cabeza y vio que Flamel había arrastrado un asiento a la altura de Alexa y le hablaba en voz baja. Los demás se habían desperdigado en parejas por la cubierta. Le dio la impresión de que nunca sería capaz de ver a Flamel hablando con su esposa sin sentir esa terrible desconfianza que ahora lo sacaba de quicio.

A la mañana siguiente, durante el temprano desayuno, Alexa sorprendió a su marido con una petición inesperada.

—¿Me traerás esas cartas de la ciudad? —le preguntó.

—¿Qué cartas? —dijo él, soltando la taza. Se sentía tan vulnerable como el hombre que es atacado en la oscuridad.

—Las de Aubyn. El libro del que todos hablaban ayer.

Sirviéndose con cuidado la segunda taza de té, Glennard dijo con prudencia:

—No sabía que te importaban ese tipo de cosas.

Lo cierto es que no era una gran lectora y era raro que algún libro nuevo cayera en sus manos hasta que llegaba, por así decirlo, al ámbito familiar; pero ella insistió, con amable tenacidad.

—Creo que me va a interesar porque leí su biografía el año pasado.

—¿Su biografía? ¿Dónde la conseguiste?

—Me la prestaron cuando salí... Creo que fue Flamel.

Su primer impulso fue el de gritar: «¿Por qué diablos le pides libros a Flamel? Yo puedo comprarte todos los que quieras...», pero se vio forzado a sonreír con sumisión.

—Flamel siempre tiene los últimos libros que salen, ¿verdad? Por cierto, has de tener cuidado en devolvérselos. Es bastante celoso de su biblioteca.

—Ah, siempre tengo mucho cuidado —contestó, con un toque de competencia que lo alcanzó de pleno; y luego añadió, mientras él se ponía el sombrero—: no te olvides de las cartas.

¿Por qué le había pedido el libro? ¿Respondía su repentino deseo a alguna insinuación de Flamel? Le daba náuseas sólo pensarlo, pero mantuvo la suficiente lucidez como para convencerse, apenas un momento después, de que su última esperanza de autocontrol se perdería si se empeñaba en ver motivos ocultos en todas las palabras y actos de su esposa. Por mucho que Flamel supusiese, no tenía el don de la adivinanza, por lo que no podría predicar lo que sabía de él ni regodearse en la importancia de sus deducciones. Las mismas cualidades que hacían de Flamel un sabio consejero lo convertían en el más peligroso de los cómplices. Y Glennard se sintió sacudido por fuerzas extrañas que su propia actuación había puesto en marcha...

Alexa era mujer de pocos caprichos, pero sus deseos, hasta los más insignificantes, estaban tan bien definidos que se distinguían claramente de sus volubles impulsos. Y él sabía que, ahora que le había pedido el libro, ya no se olvidaría del tema, por lo que desechó, como un expediente inútil, la momentánea idea de preguntar por él en la biblioteca circulante y decirle que todos los ejemplares estaban prestados. Si había que comprarlo, lo mejor es que lo hiciera cuanto antes. Salió de la oficina más temprano de lo habitual y entró en la primera librería que encontró de camino al tren. El escaparate estaba repleto de llamativos volúmenes de cartas. Dos palabras: «Margaret Aubyn», le lanzaban continuos foganazos. Entró en la tienda y se dirigió a un mostrador donde el mismo nombre se repetía una y otra vez en filas y filas de ejemplares encuadernados. Parecían haber relegado el resto de libros a los estantes del fondo. Cogió un ejemplar y le lanzó el dinero a un atónito empleado que lo persiguió hasta la puerta con el ofrecimiento de envolverle los volúmenes.

En la calle le sobrecogió un temor repentino. ¿Y si se encontraba a Flamel? La idea resultaba insoportable. Llamó a un taxi y fue directamente a la estación, donde, entre los abanicos de palma de la sudorosa multitud, esperó una larga media hora hasta que el tren salió.

Se había metido un volumen en cada bolsillo y no se atrevió a sacarlos durante el viaje; pero las irritantes palabras lo asaltaban desde los pliegues del periódico vespertino. El nombre de Margaret Aubyn parecía impregnar el aire. El traqueteo del tren hacía bailar su mirada por las páginas de la revista que estaba leyendo el señor que viajaba frente a él...

Cuando llegó, le dijeron que la señora Glennard aún no había regresado. Subió a su habitación y se sacó los libros de los bolsillos. Los echó sobre la mesa, ante él, como si tuviera miedo de tocarlos... Al final abrió el primer volumen. Una carta conocida lo abordó, cada palabra apresurada por el familiar estilo de su letra. Las pequeñas y entrecortadas frases huían por la página como animales heridos en campo abierto... Era una imagen horrible... Una batida de cosas indefensas sacadas salvajemente de su refugio. No imaginaba que iba a ser así...

Ahora comprendía que, a la hora de vender las cartas, había contemplado la transacción sólo desde su punto de vista: como una mancha lamentable en su decente historial. Apenas había considerado de qué modo su actuación podía afectar a Margaret Aubyn; pues la muerte, si santifica, también implica indefensión. El Dios de Glennard era el dios de lo que vive, de lo inmediato, de lo actual, de lo tangible. Todos sus días los había vivido en presencia de aquel dios, sin hacer caso a quienes, bajo la superficie de nuestros actos y pasiones, forjan en silencio las armas letales de los muertos.

CAPÍTULO VII

Algo lo despertó de golpe y, al levantar la vista, se encontró con su esposa. Le sostuvo la mirada en silencio hasta que ella titubeó.

—¿Estás enfermo?

Las palabras le hicieron volver en sí.

—¿Enfermo? Claro que no. Me han dicho que habías salido y me había subido.

Los libros estaban encima de la mesa, entre ambos. Se preguntó cuándo los vería. Ella permaneció tímidamente en el umbral, como dejando la explicación en sus manos. No era el tipo de mujer del que se esperaría que presentara sus excusas creando algún tipo de polémica.

—¿Dónde has estado? —preguntó Glennard, adelantándose para impedir que viera los libros.

—He ido a casa de los Dresham a tomar el té.

—No sé qué es lo que ves en esa gente —le dijo, encogiéndose de hombros; y luego añadió, sin poder controlarse—: Me imagino que Flamel estaría allí, ¿no?

—No, se marchó en el barco esta mañana.

Aquella respuesta que obstruía la fuga natural de su enfado dejó momentáneamente a Glennard sin recursos, salvo el de acudir con impaciencia hasta la ventana. Al seguirlo, los ojos de Alexa repararon en los libros.

—¡Ay, los has traído! ¡Qué alegría! —exclamó.

Él le contestó por encima del hombro.

—¡Para no leer nunca, haces unas excepciones asombrosas!

La sonrisa de Alexa era una concesión exasperante a la posibilidad de que Glennard hubiera tenido que soportar un día de calor en la ciudad o de que algo lo hubiese molestado.

—¿Quieres decir que no está bien querer leer un libro? —preguntó—. No estuvo bien publicarlo, es cierto, pero, al fin y al cabo, yo no soy la responsable, ¿verdad? —se detuvo y, en vistas de que él no contestaba, continuó, todavía sonriendo—. Y sí que leo algunas veces, ya lo sabes. Me gustan mucho los libros de Margaret Aubyn. Cuando nos conocimos estaba leyendo Semillas de granada, ¿no te acuerdas? Fuiste tú quien me lo contó todo sobre ella.

Glennard se había dado media vuelta y miraba a su mujer fijamente.

—¿Todo sobre ella? —repitió, y con las palabras vinieron los recuerdos.

Una tarde se había encontrado a la señorita Trent con la novela en la mano y, movido por la necia necesidad del amante de vincularse de algún modo a las inquietudes intelectuales de la amada, había roto su habitual silencio respecto al pasado. Alentado por la certeza de que ocuparía un papel destacado en la imaginación de Alexa Trent, había divagado de anécdota en anécdota, reviviendo los dormidos detalles de su antigua vida en Hillbridge y alimentando su vanidad con la ilusión con que ella recibía sus recuerdos sobre esa criatura que por aquel entonces ya vestía el traje impersonal de la grandeza.

El incidente no había hecho mella en su cabeza, pero ahora lo asaltaba como un viejo enemigo, el más peligroso por haber sido olvidado. El instinto de autodefensa —algunas veces el más arriesgado que un hombre puede ejercer— le hizo declarar con escasa fluidez:

—Bueno... solía verla en casas de otras personas, eso es todo —y al ver que el silencio de Alexa, para no perder la costumbre, hacía que las cosas

empeoraran más si cabe, añadió, con crecida indiferencia—: Es sólo que no sé qué puedes encontrar de interés en un libro como ése.

Ella pareció considerarlo atentamente.

—¿Entonces lo has leído?

—Le he echado un vistazo... Nunca leo ese tipo de cosas.

—¿Es cierto que no quería que las cartas se publicaran?

Glennard sintió el vértigo repentino del montañero que camina por el saliente de una cornisa y tuvo la sensación de que si miraba más allá de donde pisaba, estaría perdido.

—Lo cierto es que no lo sé —contestó; después, armándose con una sonrisa, le acarició el brazo—. Ya que no he tomado el té en casa de los Dresham, ¿puedes traerme uno? —sugirió.

Aquella noche Glennard se encerró en el pequeño estudio que daba a la sala con el pretexto de que tenía trabajo que hacer. Mientras reunía los papeles, le dijo a su esposa:

—¿No irás a sentarte dentro con la noche que hace? Me reuniré contigo fuera en un rato.

Pero ella ya había acercado el sillón a la lámpara.

—Quiero hojear un poco el libro —dijo, tomando el primer volumen de las Cartas.

Glennard se encogió de hombros y se retiró al estudio.

—Voy a cerrar la puerta, quiero estar tranquilo —explicó desde el umbral; y ella asintió sin levantar la vista del libro.

Glennard se dejó caer en una silla, mirando fijamente los papeles extendidos. ¿Cómo iba a trabajar si al otro lado de la puerta ella tenía aquel volumen en sus manos? La puerta no la había dejado fuera, la veía con claridad, la sentía cerca, en un contacto tan doloroso como si le presionaran una herida.

La sensación formaba parte de aquella extrañeza general que lo hacía sentirse como si despertara de un largo sueño y se encontrara en un país desconocido entre gente de habla extranjera. Vivimos en nuestras propias almas como si fueran regiones que no aparecen en los mapas, de las que hemos limpiado algunos acres para establecer nuestra morada, mientras que de la naturaleza de los que nos rodean no conocemos más que los límites que colindan con los nuestros. De los puntos del carácter de su esposa que no estaban en contacto directo con los suyos, Glennard percibía su ignorancia; y

la desconcertante sensación de lejanía se intensificó con el descubrimiento de que, en cierto modo, nunca la había tenido tan cerca. Igual que uno puede vivir durante años en la feliz inconsciencia de poseer unos nervios delicados, él no se había dado cuenta de que la personalidad de su esposa se había convertido en parte de la textura de su vida y que erradicarla sería imposible, como un tumor que se desarrollara en alguno de los órganos vitales; y ahora se sentía a la vez incapaz de prever su opinión e impotente para evitar sus consecuencias.

A la mañana siguiente, para evitar las confidencias del desayuno, se marchó a la ciudad más temprano de lo habitual. Su esposa, que distaba de ser una rápida lectora, era dada a comentar todo lo que leía y en ese momento el principal objetivo de Glennard era posponer la inevitable conversación sobre las cartas. Este mismo instinto de protección fue el que, por la tarde, lo condujo hasta el club en busca de alguien a quien convencer para que lo acompañara a cenar al campo. El único hombre que había en el club era Flamel.

Al oírse a sí mismo presionando a Flamel casi de forma involuntaria para que cenara con él, Glennard se percató de la tremenda ironía de la situación. Usar a Flamel como escudo contra el escrutinio de su mujer era sólo un poco menos humillante que utilizarla a ella para defenderse de Flamel.

Experimentó un contradictorio malestar cuando el hombre aceptó, y los dos se dirigieron a la estación en silencio. Al pasar junto al puesto de libros de la sala de espera, Flamel vaciló durante un momento y los ojos de ambos fueron a detenerse en el nombre de Margaret Aubyn, visiblemente expuesto sobre un mostrador repleto de los conocidos volúmenes.

—Vamos a llegar tarde —protestó Glennard, sacando el reloj.

—Adelántese —le dijo Flamel, impasible—. Quiero comprar algo...

Glennard giró sobre sus talones y caminó por el andén. Flamel se reunió con él cargando con una revista de apariencia inocente. Pero Glennard ni siquiera se atrevió a mirar la portada por miedo a que mostrara las sílabas que tanto temía.

El tren estaba lleno de gente conocida y se mantuvieron apartados hasta que se bajaron en la pequeña estación suburbana. Mientras subían paseando la sombreada colina, Glennard no dejaba de hablar, señalando las mejoras del vecindario, lamentando la próxima llegada del tranvía y protegiéndose con sus improvisaciones del riesgo inminente de la alusión a las Cartas. Flamel soportaba su discurso con la anodina indiferencia que suele prestarse a los asuntos domésticos de otra persona, hasta que por fin hallaron refugio en la mesa de té de Alexa sin que hubiesen hecho la más mínima alusión al temible punto.

La cena transcurrió plácidamente. Flamel, que siempre hacía gala de sus mejores modales en presencia de Alexa, le dedicaba ese tipo de atención que es como la luz de un faro para las palabras del interlocutor: sus respuestas desvelaban significados implícitos en sus frases, como el escultor extrae su estatua del bloque de piedra. Bajo la aparente serenidad de su esposa, Glennard detectó cierta susceptibilidad a su estratagema, y el descubrimiento fue como un relámpago en el paisaje nocturno. Hasta ahora estas iluminaciones pasajeras sólo habían servido para poner de relieve las irregularidades del terreno: era como si cada nueva observación contribuyera a incrementar la suma total de su ignorancia. La sencillez de su perfil era más desconcertante que una superficie compleja. Es probable que uno pueda encontrar la salida de un laberinto, pero el candor de Alexa era como una llanura cubierta de nieve en la que, una vez perdida la carretera, no hay señales por las que guiarse.

Acabada la cena, regresaron al porche, donde la luna, elevándose por detrás del viejo olmo, se unía al árbol sumiso mediante un romántico subrayado de sus bordes. Glennard se había dejado los cigarros en el estudio y fue a cogerlos. Al atravesar la sala, reparó en que el segundo volumen de las Cartas estaba abierto en la mesa de su esposa. Lo cogió y miró la fecha de la carta que había estado leyendo. Era una de las últimas... se sabía las pocas líneas de memoria. Soltó el libro y se apoyó en la pared. ¿Por qué la había incluido entre las otras? ¿O era posible que todas se parecieran...?

La voz de Alexa emergió de la oscuridad.

—May Touchett tenía razón: ES como mirar por el ojo de una cerradura. ¡Ojalá no lo hubiera leído!

Flamel le contestó, con el tono evasivo del hombre cuyas frases salen pausadas por el cigarrillo.

—A lo mejor eso es lo que nos parece a nosotros, pero otras generaciones lo considerarán un clásico.

—Entonces no debería haberse publicado hasta que se hubiera convertido en un clásico. Es horrible, casi degradante, leer los secretos de una mujer a la que uno podría haber conocido —y añadió, en voz baja—: Stephen la conocía.

—¿En serio? —dijo Flamel.

—Sí, y muy bien... Se conocieron en Hillbridge hace años. El libro lo ha hecho sentirse fatal... Por nada del mundo lo leería... Y tampoco quería que yo lo leyera. Al principio me pareció raro, pero ahora comprendo que para él sería como un acto de deslealtad: es mucho peor conocer los secretos de un amigo que los de un extraño.

—Ay, qué joven tan sensible —dijo Flamel, como si nada.

Y Alexa replicó, casi reprendiéndole:

—Si usted la hubiera conocido seguro que se sentiría igual...

Glennard permaneció inmóvil, vencido por la extraña inoportunidad con la que había hecho a Flamel partícipe de los dos puntos más dañinos para su causa: su amistad con Margaret Aubyn y haber ocultado a Alexa que había tenido que ver con la publicación de las cartas. Alguien dotado de una astucia menor que la de Flamel ya habría tenido claro a quién iban dirigidas; y una vez sugerida la posibilidad, nada sería más fácil que confirmarla mediante una discreta investigación. Un impulso de culpabilidad condujo a Glennard hasta la ventana. ¿Por qué no anticiparse y revelar a su mujer la verdad en presencia de Flamel? Si éste tenía algo de decencia, esta opción sería la mejor manera de asegurarse su silencio. Y, por encima de todo, lo libraría de tener que defenderse de las continuas críticas por haber traicionado la confianza de su esposa...

El impulso fue lo bastante fuerte para conducirlo a la ventana, pero allí le invadió cierta reacción de resistencia. ¿Qué había hecho, al fin y al cabo, para tener que defenderse y dar explicaciones? Tanto Dresham como Flamel habían declarado, él era testigo, que la publicación de las cartas no sólo estaba justificada, sino que era obligatoria. Y si la imparcialidad del veredicto de Flamel podía cuestionarse, al menos Dresham representaba el punto de vista objetivo del hombre de letras. Las palabras de Alexa no eran más que la expresión, en boca de una «buena» mujer, de una idea previamente concebida por otras mujeres similares. Había pronunciado las palabras adecuadas del mismo modo que si se pusiera el vestido apropiado o escribiera la perfecta invitación a una cena. Glennard tenía poca fe en los juicios abstractos del otro sexo. Sabía que la mitad de las mujeres que se mostraban horrorizadas por la publicación de las cartas de Aubyn habrían revelado sus secretos sin ningún escrúpulo.

Sus emociones se calmaron de repente y se sintió aliviado. Se dijo a sí mismo que lo peor había pasado y que las cosas volverían a su cauce. Su esposa y Flamel hablaban ahora de otros temas, así que salió al porche y le tendió los cigarrillos a Flamel, mientras le decía alegremente —¡y habría jurado que eran las últimas palabras que le hubiera gustado pronunciar!:

—Se me ocurre, viejo amigo, que antes de bajar a Newport debería pasar unos días con nosotros, ¿verdad que sí, Alexa?

CAPÍTULO VIII

Aunque tal vez fuera de forma inconsciente, Glennard seguía de buen humor. Siempre se había enorgullecido de cierta solidez en su carácter que lo capacitaba para enfrentarse con firmeza a lo inevitable, para convertir sus fracasos en los materiales constructores del éxito. Ahora ni siquiera se le pasaba por la cabeza que lo que él llamaba «lo inevitable» había sido casualmente la mejor alternativa hasta entonces, y apenas se daba cuenta todavía de que su problema actual no iba a desaparecer por mucho que fingiera indiferencia. Algunas tristezas convierten el alma en una casa espaciosa, pero la de Glennard era tan miserable que no podía mantenerse erguido. Se le venía encima con cada movimiento. Pensaba que ello se debía a la imposibilidad de escapar de las pruebas visibles de sus actos. Dondequiera que fuera se encontraba con las Cartas. Gente que nunca había abierto un libro discutía sobre ellas con reticencia, y su lectura se había convertido en una obligación social dentro de unos círculos en los que la literatura no había logrado penetrar nunca antes, salvo por motivos personales.

Glennard era injusto consigo mismo. Lo que más le hacía sufrir era el inesperado descubrimiento de su propia mezquindad. Nuestra autoestima tiene tendencia a basarse en las supuestas grandes hazañas que nunca hemos tenido ocasión de emprender; y hasta la modestia más escrupulosa adquiere tintes negativos con una conducta excelente. Glennard nunca se había considerado un héroe, pero estaba seguro de que era incapaz de ser vil y mezquino. A todos nos gustaría que nuestros errores fueran borrados, corregidos, como quien dice; y Glennard se encontraba de pronto vestido con un traje de deshonra diseñado para una figura de peor calaña.

El resultado inmediato de sus primeras semanas de desdicha fue la decisión de trasladarse a la ciudad para pasar el invierno. Sabía que este cambio de rumbo estaba a punto de sobrepasar las fronteras de la prudencia, pero serviría para calmar los miedos de Alexa, que, escrupulosa como era en la gestión de la casa, guardaba esa actitud tan propia de las mujeres americanas de mantenerse al margen de los asuntos profesionales de su marido. Glennard sabía que no podía fiarse de sí mismo en todo un invierno a solas con ella. Le aterrorizaba exageradamente que descubriera la verdad sobre las cartas, pero no estaba seguro de tener ánimo para enfrentarse al impulso suicida de una confesión. Su propia alma, sedienta de lástima y compasión, se moría por una voz comprensiva que se apiadara de él. Pero ¿lo haría su mujer? ¿Lo comprendería? De nuevo se tropezó bruscamente con la increíble ignorancia sobre su carácter. El hecho de que supiera bastante bien cómo reaccionaría ante los asuntos urgentes de la vida cotidiana, de que pudiera contar, en semejantes contingencias, con la valentía y la franqueza que siempre había adivinado en ella, lo hacía desistir de involucrarla en la tortuosa psicología de

un acto que él mismo ya no podía explicar ni comprender. Habría sido más sencillo si ella hubiera sido más compleja, más femenina, si pudiera haber contado con su supuesta compasión o con su estupidez moral, pero no estaba seguro de ninguna de las dos. No estaba seguro de nada, salvo de que debía evitarla durante algún tiempo. Glennard no podía deshacerse del delirio de que su actuación cesaría enseguida para dar paso a las consecuencias. Por nada del mundo se habría molestado en reconocer que estaba en su mano calmar sus emociones: prefería complacerse con la vaga hipótesis de que las circunstancias externas borrarían de algún modo la mancha de su conciencia. En los peores momentos de autodegradación, trataba de encontrar consuelo pensando que Flamel había aprobado este cambio de rumbo. Al principio, Flamel podría haber averiguado a quién iban dirigidas las cartas, pero ni entonces ni después había dudado en recomendar su publicación. Este pensamiento lo acercaba a él en intermitentes conatos de cordialidad, cada uno de los cuales desprendía acusados efectos de desconfianza y aversión. Cuando Flamel no estaba en la casa, echaba de menos el apoyo tácito de su complicidad, pero cuando estaba allí, su presencia era la personificación de una exigencia intolerable.

A principios del invierno, Glennard tomó posesión de una casita que apenas le costaba nada. El cambio le trajo el alivio inmediato de ver menos a su esposa y de sentirse protegido en su presencia por las múltiples preocupaciones de la vida urbana. Alexa, que nunca se mostraba estresada, presentaba la sonriente abstracción de una hermosa mujer para quien el lado social de la vida conyugal no ha perdido ni un ápice de novedad. Glennard, con la temeridad del hombre que ha tenido éxito en su primera imprudencia financiera, la animaba en aquellas pequeñas extravagancias a las que su buen gusto al principio oponía resistencia. Desde que se habían mudado a la ciudad, tenía la impresión de que podían disfrutar más, así que consideró agradable la necesidad de comprar ropa nueva y le regaló unas pieles por Navidad. Y antes de Año Nuevo ya habían acordado incorporar una nueva sirvienta a su reducido personal de servicio.

Justo al día siguiente el destino se encargó de precipitar esta medida colocando en el plato del desayuno de Glennard un sobre con los nombres de los editores a los que había vendido las cartas de Aubyn. Daba la casualidad de que era la única carta que había llegado en el primer reparto e inspeccionó, al otro lado de la mesa, a su esposa, que había bajado antes que él y que probablemente había dejado el sobre en el plato. No era del tipo de personas que hacen preguntas comprometedoras, pero podía adivinar sus conjeturas en la forma de mirarle. Empezaba a debatirse entre la idea de reflejar sorpresa al ver la carta o quitarle toda importancia como si fuera una nota de trabajo que había llegado a casa por error, cuando un cheque cayó del interior del sobre. Eran los derechos correspondientes a la primera edición de las cartas. Su

primer sentimiento fue de simple satisfacción. El dinero había llegado en un momento tan oportuno que no podía evitar recibirlo con alegría. Dentro de poco habría más; sabía que el libro se estaba vendiendo mucho mejor de lo que vaticinaron las previsiones iniciales del editor. Se guardó el cheque en el bolsillo y salió de la habitación sin mirar a su esposa.

De camino a su oficina volvió a invadirle aquella reacción habitual. El dinero que había recibido era la primera prueba tangible de que estaba viviendo de la venta de su autoestima. La conciencia de los beneficios materiales se había visto eclipsada por la sensación de vileza intrínseca en el hecho de dar a conocer las cartas. Ahora se daba cuenta de la sordidez que este hecho añadía a la situación y de que su necesidad de dinero y el uso que debía hacer de él lo comprometían más que nunca a acatar sin remedio las consecuencias de sus actos. Le parecía que en esa primera hora de incertidumbre había vuelto a traicionar a su amiga.

Cuando aquella tarde llegó a casa más temprano de lo normal, la salita de Alexa rebosaba alegría por los cuatro costados. Era un milagro que Flamel no estuviera allí, pero Dresham y el joven Hartly, alrededor de la mesa de té, recibían con resonante júbilo las notas intermitentes del staccato que convertía la conversación de la señora Armiger en los chillidos de una pajarería alarmada.

La mujer enmudeció al ver entrar a Glennard y éste aún tuvo tiempo de observar que su esposa, ocupada con la bandeja del té, no había agregado su risa a las carcajadas de los hombres.

—Ay, continúe, continúe —gimió el joven Hartly con entusiasmo, y la señora Armiger recibió la mirada inquisitiva de Glennard declarando en voz alta con desaprobación que no le veía la gracia por ninguna parte.

—Creí que me iba a dar algo. No sé qué habría hecho si Alexa no hubiera estado en casa para ofrecerme una taza de té. Tengo los nervios de punta. Sí, otra, querida, por favor —y mientras Glennard mostraba su perplejidad, continuó, después de considerar si le convenía servirse un segundo terrón de azúcar—: ¡Ah! Acabo de llegar de la lectura, ya sabe, en el Waldorf.

—No llevo tanto tiempo en la ciudad como para haberme enterado —dijo Glennard, cogiendo la taza que su esposa le tendía—. ¿Quién ha leído qué?

—Esa hermosa chica sureña: Georgie. Sí, Georgie se llama... La protegida de la señora Dresham... ¡A menos que sea la SUYA, señor Dresham! El gran salón de baile estaba REPLETO, y todas las mujeres gritaban como idiotas. Es la cosa más espeluznante que he oído nunca...

—¿Y qué es lo que ha oído? —preguntó Glennard, pero su esposa lo interrumpió.

—¿Quiere un poco más de pastel, Julia? Oh, Stephen, llama para que nos traigan unas tostadas, por favor —el tono de su voz revelaba educadamente que estaba harta del tema de conversación.

Glennard se volvió hacia la campana, pero la señora Armiger lo persiguió con su encantador asombro.

—Las Cartas de Aubyn, ¿no ha oído hablar de ellas? La chica las ha leído tan bien que ha sido horrible... Creo que si hubiera habido un hombre lo bastante cerca para sujetarme me habría desmayado.

La alegría de Hartly se duplicó y Dresham dijo jovialmente:

—¡Cómo les gusta a ustedes las mujeres poner a parir el libro y luego hacer todo lo que esté en su mano para dar publicidad a las lecturas!

La señora Armiger lo acompañó hasta más de la mitad del camino con un torrente de autoacusaciones.

—Ha sido horrible; un escándalo. Le dije a su esposa que a todas debería habernos dado vergüenza asistir y creo que Alexa hizo bien en no aceptar las entradas... aunque fuera para una causa benéfica.

—Ah —murmuró su anfitriona con indiferencia—, para mí las causas benéficas empiezan en casa. No puedo permitirme lujos emocionales.

—¿Una causa benéfica? ¿Una causa benéfica? —se regocijó Hartly—. No había considerado toda la belleza del asunto... ¡Leer las cartas de amor de la pobre Margaret Aubyn en el Waldorf ante quinientas personas por una buena causa!, ¿y qué causa es ésa, querida señora Armiger?

—El Hogar de las Mujeres Desamparadas.

—Buena elección —comentó Dresham; y Hartly enterró su júbilo entre los cojines del sofá.

Cuando estuvieron solos, Glennard, que aún sostenía su taza de té intacta, se volvió hacia su esposa, que seguía sentada en silencio detrás de la tetera.

—¿Quién te pidió que sacaras una entrada para esa lectura?

—En realidad no lo sé... Kate Dresham, me imagino. Fue ella la que lo organizó todo.

—¡Muy propio de ella semejante vulgaridad! Es repugnante... monstruoso...

Su esposa, sin levantar la vista, le contestó gravemente:

—Yo pensé lo mismo. Por eso no fui. Pero debes recordar que muy poca gente siente por Aubyn lo mismo que tú...

Glennard se las arregló para soltar su taza con mano firme, pero la habitación le daba vueltas y se dejó caer en la silla más próxima.

—¿Lo mismo que yo? —repitió.

—Me refiero a que muy poca gente la conocía cuando vivía en Nueva York. Para la mayoría de las mujeres que fueron a la lectura no era más que un nombre, demasiado remoto como para tener una identidad. Para mí, por supuesto, era diferente...

Glennard la miró espantado.

—¿Diferente? ¿Por qué diferente?

—Porque eras su amigo...

—¡Su amigo! —se levantó con impaciencia—. Hablas como si sólo hubiera tenido uno... ¡la mujer más famosa de su tiempo! —vagó por la habitación y se inclinó para mirar los libros que había en la mesa—. Espero —añadió— que no pusieras eso como excusa...

—¿Como excusa?

—Para no ir. Una mujer que pone excusas para no atender sus obligaciones sociales puede volverse impopular o ridícula.

No midió sus palabras, pero al instante se dio cuenta de que éstas habían acertado extrañamente la distancia que los separaba. La sintió próxima, como un enemigo jadeante, y su respuesta fue como un relámpago que iluminara una mano a punto de disparar un arma.

—Me parece —dijo ella desde el umbral— que lo he hecho dos veces excusándome también ante ti.

Como cenaban fuera esa noche pudo evitar a Alexa hasta que bajó vestida con su capa de ópera. La señora Touchett, que acudía a la misma cena, se había ofrecido a ir a buscarla, y Glennard, rechazando un precario asiento entre los trajes de noche, prefirió seguir las a pie. La velada se le hizo interminable. La lectura del Waldorf, a la que habían asistido todas las mujeres, había reavivado la discusión sobre las Cartas de Aubyn, y Glennard, al oír que preguntaban a su esposa, se sintió miserable por desear que hubiera asistido en vez de que su ausencia llamara la atención de todo el mundo. Estaba perdiendo a marchas forzadas todo el sentido de la proporción respecto a las Cartas. Ya no podía oír que se mencionaban sin albergar sospecha de que un propósito oculto animaba cada alusión; y casi se rindió ante la extravagancia de imaginarse que la señora Dresham, que tanto le desagradaba, había organizado la lectura con la esperanza de hacerle confesar, pues estaba seguro de que Dresham había adivinado que había tomado parte en la transacción.

El intento de mantener este tumulto interior bajo una apariencia de sosiego parecía tan inacabable e inútil como los esfuerzos que uno realiza en una pesadilla. Perdió el sentido de todo lo que estaba contando a sus vecinos y, al levantar los ojos, la visión de su esposa lo dejó helado.

Estaba sentada frente a él, junto a Flamel, y a Glennard le pareció que habían levantado a su alrededor una de esas barreras tras las cuales las dos personas implicadas en una conversación pueden decir lo que les plazca. Mientras los demás discutían sobre la lectura, ambos se habían mantenido en silencio. Un silencio que a Glennard le parecía casi cínico, pues ocultaba el disfraz de su complicidad. Sintió una punzada de ira, pero de pronto supo, con curioso alivio, que en el fondo ya no le preocupaba si Flamel se lo había dicho a su esposa o no. Ya tenía asumido que Flamel sabía lo de las cartas y le parecía mejor que Alexa lo supiera también.

Al principio se asustó ante el descubrimiento de su propia indiferencia. Era como si hubiera bajado las últimas barreras de su voluntad ante un torrente de lasitud moral. ¿Cómo podía seguir desempeñando su papel, haciéndole frente a su enemigo, con esa indiferencia envenenada corriéndole por las venas? Trató de animarse con el recuerdo del desprecio de su esposa. No había olvidado el comentario con el que había puesto punto final a la conversación. Si alguna vez se había preguntado cómo encajaría la verdad, ahora ya no era necesario: lo despreciaría. Pero esto alimentó su tentación con malicia, pues el desdén de ella sería un refugio para el suyo propio, y se dijo que ya que no le preocupaban las consecuencias, al menos podía librarse de hablar en defensa propia. Lo que quería ahora no era inmunidad, sino castigo: la indignación de su esposa podía hacer que se reconciliara consigo mismo. Ahí residía la esperanza de su regeneración. Su desprecio era el antiséptico moral que necesitaba; su comprensión, el único bálsamo que podía curarlo...

Cuando se marcharon, tenía tanto miedo de hablar que dejó que ella se fuera sola a casa y se dirigió al club en compañía de Flamel.

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente se levantó decidido a averiguar lo que Alexa pensaba de él. Más que anclarlo en puerto, el asunto parecía situarlo en el corazón de una tormenta, y sintió que necesitaba una tregua para calmar la confusión de sus sensaciones.

Llegó tarde a casa, pues cenaban solos y sabía que pasarían la noche juntos. A punto estuvo de abrir la boca cuando, terminada la cena, la siguió

hasta la sala, pero al coger el café que ella le tendía, se excusó casi sin querer:

—Tendré que llevármelo al estudio. Esta noche tengo mucho trabajo.

Una vez solo en el despacho, maldijo su cobardía. ¿Qué lo había retenido? Ella parecía totalmente inaccesible. No era el tipo de mujer cuya compasión fuera fácil de conseguir y no había ocasión de avanzar posiciones: nunca la cogería por sorpresa. Entonces, ¿por qué no hacerle frente? Lo que le esperaba no podía ser peor que lo que estaba soportando. Retiró la silla y se dispuso a subir cuando se le ocurrió una idea. ¿Y si, en vez de contárselo, dejaba que ella lo averiguara por sí sola? Así comprobaría el efecto del descubrimiento antes de hablar con lo que podría librarse de la carga de la revelación.

La idea le había sido sugerida por la visión del documento con el que el editor acompañaba su cheque. Había ingresado el dinero, pero el justificante se le salió de la cartera cuando estaba despejando la mesa para ponerse a trabajar. Era un documento usual para estos casos y revelaba claramente que él era el destinatario de los derechos de las cartas de Margaret Aubyn. Sería imposible que Alexa lo leyera sin comprender de inmediato que las cartas le habían sido escritas y que él era el responsable de su venta...

Permaneció sentado en el piso de abajo hasta que oyó que Alexa llamaba a la sirvienta para que apagara las luces; después subió a la sala con un fajo de papeles. Alexa se estaba levantando de su asiento y la luz de la lámpara reflejaba el mechón de pelo ondulado que caía sobre su frente como el alero de un templo. Su rostro mostraba a menudo el aislamiento propio de un sepulcro, y ese toque de temor en su belleza era lo que lo hacía sentirse al borde del sacrilegio.

Para no dejarse dominar por sus sentimientos, por fin habló.

—Te he traído trabajo: un montón de viejas facturas y otras cosas que me gustaría que organizaras. Hay algunas que no merece la pena que las guardes, pero tú misma lo comprobarás. Puede que haya también una o dos cartas, nada importante, pero no quiero tirarlo todo sin haberle echado antes un vistazo y no tengo tiempo de hacerlo yo.

Soltó los papeles y ella los cogió con una sonrisa que simulaba reconocer en el favor que le pedía la tácita intención de enmendar el incidente del día anterior.

—¿Estás seguro de que sabré distinguir lo que debo guardar?

—Ah, claro que sí —contestó con ligereza—; además, no hay nada que sea demasiado importante.

A la mañana siguiente inventó una excusa para salir sin tener que verla y cuando regresó, justo antes de la cena, se topó con el sombrero y el bastón de

un visitante en el vestíbulo. El visitante era Flamel y estaba a punto de marcharse.

El hombre se había levantado del sillón, pero Alexa aún permanecía sentada y por la actitud de ambos daba la impresión de que la charla había ido más allá de las palabras. Los dos miraron con sorpresa a Glennard y éste tuvo la sensación de estar entrando en una habitación que de repente se había quedado vacía, como si sus pensamientos fueran conspiradores que huían de su captor. Se sintió amenazado por sus viejos temores. ¿Y si su mujer ya había ordenado los papeles y había hecho a Flamel partícipe de su descubrimiento? Aunque, mirándolo bien, no era nada nuevo para Flamel que Glennard hubiera recibido los derechos de las Cartas de Aubyn...

El repentino propósito de conocer la verdad, por muy penosa que ésta fuera, le hizo volver a mirar a su esposa mientras la puerta se cerraba a espaldas de Flamel. Pero Alexa también se había levantado e, inclinándose sobre el escritorio de espaldas a Glennard, empezó a hablar precipitadamente.

—Voy a cenar fuera esta noche... espero que no te importe que te deje solo. Julia Armiger acaba de decirme que le sobra una entrada para el último concierto de Ambrose. Me ha pedido que te diga cuánto lamenta no tener otra para ti... ¡pero le he dicho que no te importaría! —terminó la frase con una risa que tuvo el eco de las carcajadas de la señora Armiger y, antes de que Glennard pudiera hablar, añadió, con la mano ya en la puerta—: Al señor Flamel se le ha hecho tan tarde que apenas he tenido tiempo de cambiarme. El concierto empieza ridículamente temprano y Julia cena a las siete y media...

Glennard se quedó solo en la sala vacía, que, irónicamente, parecía haberse llenado al cobrar él conciencia de lo que estaba ocurriendo.

—Me odia —murmuró—. Me odia...

El día siguiente era domingo y Glennard se quedó remoloneando en la cama, de modo que cuando bajó a desayunar, su esposa ya estaba sentada a la mesa. Ella le dedicó su habitual sonrisa cuando entró y ambos se refugiaron en las últimas noticias, como viajeros sorprendidos por una tormenta. Mientras escuchaba el relato del concierto, empezó a pensar que, después de todo, aún no había puesto en orden los papeles y que su nerviosismo del día anterior seguramente se debiera a otra causa que quizá sólo le concerniera a él de manera indirecta. Le asombraba que nunca antes se le hubiera ocurrido pensar que Flamel era el tipo de hombre que pudiese agrandar a una mujer por su propia cuenta, sin necesidad de ayuda fortuita. Si bien esta posibilidad aclaraba el panorama, no lo hacía más alentador. Y Glennard sintió que lo habían dejado solo con su propia mezquindad.

Alexa se levantó primero de la mesa, y cuando subió al vestidor se la

encontró preparada para salir.

—¿No es un poco temprano para ir a la iglesia? —le preguntó.

Ella replicó que dé camino pensaba parar un momento en casa de su madre. Y mientras se ponía los guantes, Glennard empezó a hurgar entre los chismes de la repisa buscando una cerilla para encenderse el cigarrillo.

—Bueno, adiós —dijo ella, dándose la vuelta para marcharse; y añadió desde el umbral—: ya he ordenado los papeles que me diste. He puesto en la mesa del estudio los que creo que te gustaría conservar.

Luego se fue, y Glennard oyó la puerta cerrarse tras ella.

Había ordenado los papeles... Entonces lo sabía. TENÍA QUE saberlo... ¡y no había dado señales! Sin apenas saber cómo, Glennard se encontró de nuevo en el estudio. Sobre la mesa reposaba el fajo de cartas que le había entregado, mucho más pequeño ahora... Era evidente que había ordenado los papeles con cuidado y se había deshecho de la mayoría. Soltó la gomilla y esparció en el escritorio los sobres restantes. La notificación del editor estaba entre ellos.

CAPÍTULO X

Su mujer lo sabía y se empeñaba en ocultarlo. Glennard se vio de pronto en la situación del marinero que cierra los ojos al anochecer y sueña con avanzar las máximas leguas posibles antes de que llegue el día, y que cuando los abre y mira por la portilla no encuentra más que la misma franja de costa. De la exaltación que era fruto de sus deseos, pasó a un estado de irracional apatía. El impulso de confesión había actuado como una droga para su remordimiento. Había intentado echar parte de esta pesadumbre sobre los hombros de su esposa y, ahora que ella le había rechazado tácitamente, sentía que era demasiado pesada para levantarla de nuevo.

Un afortunado intervalo de duro trabajo sirvió de respiro a esta fase de sufrimiento estéril. Viajó al oeste para defender un caso importante, lo ganó y volvió a sus quehaceres habituales. Sus negocios prosperaban tan bien que le ocupaban todo el tiempo libre que su profesión le permitía, y durante unos dos meses apenas tuvo tiempo de enfrentarse a sí mismo. Como es lógico —pues aún no era un experto en los matices de la introspección—, confundió la insensibilidad transitoria con un renacimiento gradual de la salud moral.

Estaba convencido de estar recuperando el sentido de la proporción, de empezar a ver las cosas con su luz verdadera; y ahora pensaba que la

imprudente súplica a la compasión de su esposa había sido un acto de locura de cuyas consecuencias se había visto salvado por la providencia que vela por los hombres privados de juicio. Disponía de poco tiempo para observar a Alexa, pero alcanzó la conclusión de que el sentido común del que él se había visto momentáneamente privado había aconsejado a su esposa que aceptara lo inevitable sin rechistar. Si esta cualidad era una pobre sustituta de la justicia inquebrantable por la que Alexa parecía haberse caracterizado alguna vez, aceptó la alternativa como parte de esa vuelta de tuerca tan necesaria para el mantenimiento del matrimonio. ¿Qué mujer conservaría su sentido abstracto de la justicia cuando entraba en juego otra mujer? Tal vez la idea de que se había aprovechado de la fragilidad de la señora Aubyn no le hubiera resultado del todo desagradable a su mujer.

Cuando la presión del trabajo comenzó a disminuir y en aquellas tardes que se alargaban podía llegar relativamente temprano a casa, solía encontrarse el salón lleno de gente y casi nunca tenían la ocasión de pasar la noche solos. Si él estaba cansado, lo cual sucedía a menudo, salía ella sola; ni siquiera se le pasaba por la cabeza la posibilidad de romper el compromiso y quedarse a su lado. De joven nunca le había gustado mucho la vida social ni pareció echarla de menos el año que pasaron en el campo. Sin embargo, Glennard pensaba que compartía el destino común de los hombres casados, que confundían proverbialmente la temprana pasión hacia los quehaceres domésticos con una prueba de domesticidad. En todo caso, Alexa rebatía su teoría con la misma desconsideración con la que una planta de semillero rompe las expectativas del jardinero. Se había producido en ella un cambio indefinible. En cierto sentido era positivo, pues se había vuelto, si no más hermosa, al menos más vital y expresiva. Su belleza se apreciaba mejor: era como si hubiera aprendido a ejercitar conscientemente ciertos atributos intuitivos y utilizara sus efectos con la capacidad discriminatoria de un artista experto en valores. Para un crítico imparcial (como Glennard se consideraba entonces), el arte resultaba a veces demasiado obvio. Sus intentos por parecer frívola carecían de espontaneidad y algunas veces le exasperaba oírle reír como Julia Armiger. Pero Glennard era lo bastante inteligente como para comprender que, en lo que respecta a las habilidades sociales de su esposa, un marido siempre ve la cara equivocada del tapiz.

En esta irónica estimación de sus relaciones, Glennard se encontraba extrañamente aliviado de todo lo que concernía a los sentimientos de Alexa por Flamel. Desde la cumbre olímpica de su indiferencia contemplaba con calma sus inofensivas travesuras. Era sorprendente cómo al degradar a su esposa se sentía en paz consigo mismo. Por muy lejos que estuvieran el uno del otro, seguían manteniendo, en cierto modo, la tácita cercanía de la complicidad. Y es que, en efecto, eran cómplices: sus celos estaban a la altura del desprecio de Alexa. Ahora aquellos celos que antes le parecían un borrón

en la blancura de su esposa no eran más que el homenaje a unos ideales en los que ya no creía...

Glennard era poco dado a explorar los terrenos aledaños a la literatura. Siempre se saltaba las «noticias literarias» en los periódicos y mostraba poco interés por los placeres intermitentes de los seriales. Es por eso por lo que no estaba al tanto de los prolongados ecos que las Cartas de Aubyn habían tenido en el terreno de la crítica. Cuando dejó de hablarse del libro, supuso que había dejado de leerse; y el aparente descenso de la agitación desatada a su alrededor le trajo la tranquilizadora sensación de que había exagerado su vitalidad. Esta convicción, si bien no calmó su conciencia, le ofreció al menos el relativo alivio de la oscuridad: se sentía como un reo al que habían bajado del suplicio para arrojarlo a la balsámica oscuridad de una celda.

Pero una noche que Alexa lo había dejado solo para asistir a un baile, aprovechó para hojear las revistas de su mesa, con las que se acomodó mientras fumaba un puro, y el ejemplar del Horóscopo le puso por delante, en primera página, un retrato de Margaret Aubyn. Era una reproducción de la fotografía que había permanecido durante tanto tiempo en su escritorio. El desencantado aire del recuerdo la había convertido en una mera abstracción de la mujer que había sido, y esta inesperada evocación parecía acercarla más a él de lo que nunca estuvo en vida. ¿Tal vez era porque la comprendía mejor? Miró largo rato sus ojos; pequeños rasgos personales lo alcanzaban a modo de caricias: la curva cansada de sus labios, la rapidez con la que se inclinaba hacia delante al hablar, los movimientos de sus largas e inexpresivas manos. Todos esos signos de feminidad, la cualidad que siempre había echado en falta en ella, lo abordaban en silencio desde aquellos ojos que lo miraban sin reproches; y ahora que era demasiado tarde la vida había desarrollado en él la perspicacia más sutil, capaz de poder detectarlos hasta en una pobre reproducción de su rostro. Durante un instante encontró consuelo al pensar que los habían unido a toda costa; luego lo inundó la vergüenza. Ahora que estaban frente a frente, sentía que lo habían desnudado hasta lo más recóndito de su conciencia. La vergüenza era profunda, pero también era una angustia renovadora. Se sentía como un hombre al que un dolor insoportable había despertado del progresivo letargo de la muerte...

A la mañana siguiente se levantó con una nueva sensación de vida, como si aquella hora de muda comunión con Margaret Aubyn hubiera constituido la más exquisita renovación de sus primeros encuentros. Lo primero que pensó al despertarse fue que debía verla de nuevo; y, mientras su mente tomaba conciencia de sí misma, sintió un miedo intenso a perder aquella sensación de cercanía. Pero aún la tenía cerca: su presencia era la única realidad que le quedaba en aquel mundo de sombras. Durante las horas de trabajo volvía a revivir con increíble menudencia cada episodio de su oculto pasado, como el

hombre que ha logrado dominar el espíritu de una lengua extranjera vuelve a pasar con asombro las páginas de su lejana juventud. En esta lúcida retrospectiva, hasta el detalle más trivial adquiriría significado, aunque para Glennard el éxtasis de recuperarlo se veía ensombrecido al contemplar todas sus lagunas. Había sido un estúpido insensible y lamentable. Y había ironía en el pensamiento de que, si no llega a ser por la crisis que estaba atravesando, habría vivido para siempre en la complaciente ignorancia de lo que se había perdido. Era como si ella lo hubiera comprado con su sangre...

Esa noche cenaron solos y después de la cena acompañó a Alexa a la sala. Ya no sentía la necesidad de evitarla; apenas se daba cuenta de su presencia. Tras unas pocas palabras permanecieron en silencio y él se sentó a fumar con la mirada perdida en el fuego. No es que no tuviera ganas de hablar con ella: sentía un curioso deseo de ser lo más amable posible, pero siempre acababa olvidándose de que ella estaba allí. Su brillante presencia, por la que solían fluir cálidamente los ríos de la vida, se había convertido en una tenue sombra que él atravesaba al mirar en la distancia...

Al rato, ella se incorporó y empezó a dar vueltas por la habitación. Parecía que buscara algo y Glennard se levantó para preguntarle qué estaba buscando.

—Sólo el último número del Horóscopo. Creí que lo había dejado encima de esta mesa —y como él no dijo nada, ella continuó—: ¿No lo has visto?

—No —contestó fríamente. La revista estaba bajo llave en su escritorio.

Su esposa se había dirigido a la repisa de la chimenea. Se lo quedó mirando fijamente y cuando él levantó los ojos se cruzó con su tímida mirada.

—Estaba leyendo un artículo... una reseña de las cartas de la señora Aubyn —añadió, despacio, sonrojándose profunda y lentamente.

Glennard se inclinó para sacudir el cigarro en la chimenea. Sintió el salvaje deseo de que Alexa no pronunciara el nombre de la otra mujer; nada más parecía importarle.

—Parece que te ha dado por leer —dijo.

Ella seguía empeñada en hacerle frente.

—Lo estaba guardando para ti... Creí que te interesaría —dijo con un aire de ligera insistencia.

Él se levantó y se dio la vuelta. Estaba seguro de que ella sabía que había cogido la revista y sintió que empezaba a odiarla de nuevo.

—No tengo tiempo para esas cosas —replicó con indiferencia.

Y cuando se encaminaba a la puerta, la oyó dar un paso precipitado hacia delante. Después se detuvo y se hundió sin decir palabra en la misma silla de

la que se había levantado.

CAPÍTULO XI

Cuando bajo la cruda luz de febrero Glennard subía la carretera del cementerio, sintió la beatitud que llega con el cese abrupto del dolor físico. Había alcanzado el punto donde acaba la introspección y el impulso que lo movía era puramente intuitivo. Ya ni siquiera buscaba motivos, más allá de la razón obvia de que su deseo de visitar la tumba de Margaret Aubyn no respondía a ningún intento de reparación sentimental, sino más bien a la vaga necesidad de afirmar de algún modo la realidad del lazo que los unía.

La irónica promiscuidad de la muerte había traído de vuelta a la señora Aubyn para que compartiera la estrecha hospitalidad del último lecho de su marido; pero aunque Glennard sabía que había sido enterrada cerca de Nueva York, nunca había visitado su tumba. Ahora, al atravesar las largas avenidas, le oprimía la escalofriante visión de su regreso. No hubo familia que siguiera su coche fúnebre: había muerto sola, igual que había vivido, y los «distinguidos dolientes» que formaban el cortejo no sabían nada de la mujer a la que enviaban a la tumba. Glennard ni siquiera podía recordar en qué estación del año la habían enterrado, pero su humor le daba a entender que debía de haber sido un día de mucha luz: aquel incisivo resplandor de febrero que ofrece claridad, pero no calor. Las blancas avenidas se alargaban ante él, interminables, cubiertas de estereotipados emblemas de aflicción, como si todos los tópicos del mundo se hubieran convertido en mármol y coronaran a los muertos sumisos. Por todas partes, sin duda, frías urnas o ángeles insípidos aprisionaban punzadas de dolor, y los clichés se convertían en vehículo de raros significados. Pero, en su mayoría, las interminables hileras de monumentos parecían encarnar simples tópicos sobre la muerte que no alteran el descanso de los vivos. Mientras seguía el camino que le habían indicado, los ojos de Glennard se posaron de forma instintiva en un túmulo bajo con una lápida muda. Había olvidado que los muertos raramente diseñan sus propias casas y con una punzada descubrió el nombre que buscaba en la base ciclópea de un obelisco de granito que elevaba su agresiva altura en el cruce de dos avenidas.

—¡Cómo lo habría odiado ella! —murmuró.

Había un banco cerca y aprovechó para sentarse. El monumento se alzaba ante él como una morada pretenciosa y hueca. No podía creer que Margaret Aubyn reposara allí. Era domingo por la mañana y negras figuras vagaban por los senderos, colocando flores en los montículos cubiertos de escarcha.

Glennard advirtió que las tumbas vecinas habían sido decoradas hacía poco y creyó ver un deslumbrante revuelo de expectación a través del tepe, como si los túmulos desnudos desplegaran una alfombra seca para esa lluvia conmemorativa. Se levantó poco después y regresó caminando a la entrada del cementerio. Había varios invernaderos cerca de la verja y, al entrar, pidió unas flores.

—¿Con algún emblema? —preguntó el anémico hombre desde detrás del empapado mostrador.

Glennard sacudió la cabeza.

—¿Sólo flores cortadas? Entonces venga por aquí.

El florista abrió la puerta de cristal y lo guio por un pasillo verde y húmedo. El aire caliente se mezclaba de manera agobiante con el olor de azaleas blancas, lirios blancos, lilas blancas... todas las flores eran blancas: simulaban una prolongación, una mística florescencia, de las largas hileras de lápidas de mármol y parecían neutralizar con su perfume el olor de la podredumbre. Glennard se mareó en medio de esta rica atmósfera. Al inclinarse hacia la jamba, mientras esperaba las flores, tuvo la penetrante sensación de que Margaret Aubyn estaba cerca... No la imponderable presencia de su visión interior, sino una vida que latía cálidamente en sus brazos...

El aire cortante lo golpeó al salir. Deshizo sus pasos y esparció las flores sobre la tumba. Los bordes de los blancos pétalos se arrugaron con el frío como papel quemado y, al mirarlos, la vana ilusión de su proximidad se desvaneció, volviendo a congelarse.

CAPÍTULO XII

No había un motivo definido que explicara su visita al cementerio, excepto considerarla como un último esfuerzo por escapar del inexpresivo consentimiento que Alexa otorgaba a la vergüenza que él estaba padeciendo. Le parecía que cuanto más tiempo pudiera mantenerse a salvo de esa vergüenza más tardaría en sucumbir por entero a sus consecuencias. Su mayor temor era convertirse en la criatura de sus actos. La indiferencia de su esposa lo degradaba; parecía situarlo a la altura de su deshonor. Margaret Aubyn habría aborrecido los hechos, pero, en la misma medida, también habría sentido lástima por él. La idea de su posible conmiseración volvió a acercarlo a ella. Una lo sabía y no quería comprenderlo; la otra parecía que algunas veces comprendiera sin saber.

Disfrazada de retrospectivos remordimientos, su autocompasión sentía deseos de soledad y meditación. Se perdía en enfermizas contemplaciones, en visiones inútiles de cómo habría sido la vida con Margaret Aubyn, y había momentos en que, en la extraña dislocación de su punto de vista, el daño que le había causado parecía un lazo de unión entre ambos.

Con tal de satisfacer estas emociones, los domingos por la tarde había cogido la costumbre de dar paseos solitarios que se prolongaban hasta entrada la noche. Los días se iban alargando, la primavera empezaba a flotar en el aire y sus errantes caminatas lo conducían con frecuencia a Central Park y sus alrededores.

Un domingo, cansado de tanto desplazamiento sin sentido, cogió un taxi a las puertas del parque y pidió que lo llevara a Riverside Drive. Era una tarde gris con rachas de levante. El taxi avanzaba despacio y, mientras Glennard se reclinaba y contemplaba ausente los desiertos senderos que serpenteaban bajo ramas desnudas entre montículos de prematura fertilidad, dos figuras que caminaban un poco más adelante captaron su atención. La pareja estaba sola en el camino y se movía con paso desigual, como adaptando su modo de andar a una conversación marcada por intervalos de reflexión. De vez en cuando se paraban y, en una de estas pausas en que la mujer se volvió hacia su acompañante, Glennard reconoció el perfil de su esposa. El hombre era Flamel.

La sangre se le subió a la cabeza. Se incorporó con un movimiento brusco y echó hacia atrás la capota del cabriolé; pero cuando el taxista se giró, se dejó caer en su asiento sin mediar palabra. Después, al tomar conciencia de que el hombre llevaba un rato preguntándole por la capota levantada, exclamó:

—Gire... dé la vuelta... donde sea... Tengo prisa...

Cuando el taxi daba la vuelta vio de reojo por última vez a las dos figuras. No se habían movido. Alexa, con la cabeza agachada, seguía escuchando.

—Dios mío, Dios mío... —gimió.

Era espantoso... abominable... no podía entenderlo. Aquella mujer ya no era nada para él... menos que nada... La sangre le zumbaba en los oídos y le cegaba los ojos. Sabía que sólo se trataba del instinto primario y que, en lo concerniente a su ser racional, era igual que cualquier otro impulso reflejo de su cuerpo; pero eso sólo transformaba la angustia en repugnancia. Sí, era asco lo que sentía... casi una náusea física. Los gases venenosos de la vida inundaban sus pulmones. Tenía ganas de vomitar, unas ganas terribles...

Volvió a casa y se fue a su habitación. Daban una pequeña cena esa noche y, cuando bajó, los invitados estaban llegando. Miró a su esposa: su belleza era extraordinaria, pero le pareció la belleza del mar calmo en una costa sin luz. Y

le dio miedo.

Aquella noche se quedó hasta tarde en el estudio. Oyó que la sirvienta cerraba la puerta principal; luego su esposa subió las escaleras y se apagaron las luces. Su cerebro era como un gran vestíbulo vacío con eco: un único pensamiento reverberaba eternamente... Al final, acercó la silla a la mesa y empezó a escribir. Puso la dirección en un sobre y releyó despacio lo que había escrito.

Mi querido Flamel:

Le envió mis disculpas por no haberle remitido antes el cheque que ahora le adjunto. Representa el porcentaje correspondiente a la venta de las cartas.

Confío en que me perdone por este descuido.

Atentamente,

Stephen Glennard.

Salió de la oscurecida casa y echó la carta en el buzón de la esquina.

Al día siguiente se demoró hasta tarde en la oficina y ya estaba preparándose para marcharse cuando oyó que alguien preguntaba por él en la habitación contigua. Se sentó de nuevo y apareció Flamel.

Mientras Glennard apartaba una silla que obstaculizaba el paso, los dos hombres tuvieron tiempo para medirse mutuamente. Luego Flamel se adelantó, extrajo su billetera y dejó un papel en el escritorio.

—Mi querido amigo, ¿qué demonios significa esto?

Glennard reconoció el cheque.

—Perdón por mi negligencia, simplemente. Debería haberle llegado antes.

El tono de Flamel era de sincera sorpresa, pero ahora su acento cambió y preguntó deprisa:

—¿Por qué motivo?

Glennard se había alejado del escritorio y permanecía apoyado en los volúmenes de piel de becerro de la librería.

—Porque usted vendió las cartas de la señora Aubyn por mí y, según me consta, el intermediario debe percibir un porcentaje de la venta en estos casos.

Flamel se detuvo antes de contestar.

—Le consta, dice usted. ¿Acaba de enterarse?

—Obviamente, si no le habría enviado antes el cheque. Ya ve que soy nuevo en el negocio.

—¿Y cuánto hace que descubrió que se trataba de un asunto de negocios, por lo que a mí se refiere?

Glennard se sonrojó y elevó un poco la voz.

—¿Me está reprochando que me olvidara de enviárselo antes?

Flamel, que había hablado en el tono acelerado y reprimido de un hombre a punto de enfadarse, sopesó la situación y, recuperando su voz natural, replicó alegremente:

—¡Por mi vida que no le entiendo!

El cambio de tercio pareció desconcertar a Glennard.

—Pues es bastante simple —murmuró.

—¿Bastante simple... que usted me ofrezca dinero a cambio de un favor amistoso? ¡No sé lo que esperarán de usted sus otros amigos!

—Algunos de mis amigos nunca habrían aceptado el trabajo. Y los que lo hubieran hecho probablemente habrían esperado que les pagara por ello.

Levantó los ojos hacia Flamel y los dos hombres se miraron cara a cara. Flamel había empalidecido y le temblaban los labios, pero mantenía el tono de mesura.

—Si lo que insinúa es que el trabajo no estaba a la altura, debe aceptar las críticas por haberlo propuesto. Pero por mi parte nunca he visto, ni veré, ninguna razón para no publicar las cartas.

—¡De eso se trata!

—¿De qué...?

—De lo seguro que está de no saber por qué acudí a usted. Cuando alguien se encuentra con bienes robados que empeñar no los lleva a la policía.

—¿Robados? —repitió—. ¿Las cartas eran robadas?

Glennard se echó a reír groseramente.

—¿Cuánto tiempo más espera que siga manteniendo esta farsa? Usted sabía muy bien que las cartas iban dirigidas a mí.

Flamel lo miró en silencio.

—¿En serio? —dijo por fin—. No lo sabía.

—Y tampoco lo sospechaba, supongo —dijo con tono despectivo Glennard.

Flamel volvió a enmudecer; luego replicó:

—Le recuerdo que, suponiendo que hubiera sentido alguna curiosidad por el asunto, no tenía modo de averiguar que las cartas iban dirigidas a usted. Nunca me mostró los originales.

—¿Y eso qué demuestra? Había cincuenta maneras de averiguarlo. Ese tipo de cosas no cuestan nada.

Flamel lo observó con desprecio.

—Nuestras ideas respecto a lo que cuesta y lo que no probablemente difieren bastante. Para mí no habría sido fácil.

Glennard descargó su ira en las palabras que más le preocupaban.

—Entonces tal vez le interese saber que mi esposa está AL CORRIENTE de todo... desde hace meses...

—Ah —dijo el otro, despacio.

Glennard observó que, mientras buscaba a ciegas algo con lo que contraatacar, había dejado su cuerpo al descubierto y las probabilidades de que lo hirieran eran mayores. Flamel tenía los músculos bajo control, pero algún cambio indefinible se había producido en su rostro, como si le hubieran infiltrado veneno poco a poco. Las palabras cargadas de insinuación habían hecho mella en él, pero Glennard sentía que sus claras intenciones se habían perdido en medio de la angustia de lo que querían decir. Ahora estaba seguro de que Flamel nunca lo habría traicionado, pero la deducción sólo consiguió aumentar su ira. Sin aliento, dejó que Flamel hablara.

—Si ella lo sabe, no es por mí.

Era lo que Glennard se esperaba.

—Santo cielo, ¿por usted? ¿Quién ha dicho que fuera por usted? ¿Supone que voy a dejar que usted o cualquiera, puesto el caso, mantenga a mi mujer informada de lo que hago o dejo de hacer? ¡No me imaginaba que esa enorme vanidad que tiene pudiera engañarle hasta tal punto! —y buscando un firme apoyo en el pequeño desprendimiento de tierra en que se había convertido su dignidad, añadió, con firmeza—: Mi esposa se enteró de todo por mí.

Flamel recibió en silencio el estallido de Glennard y éste le hizo reforzar su autocontrol. Luego, como si no tuviera más remedio, determinó:

—En ese caso lo entiendo todavía menos...

—¿Todavía menos el qué?

—Lo que esto significa —señaló el cheque—. Cuando empezó a hablar me dio la impresión de que intentaba sobornarme; ahora veo que sólo se trata de un insulto fortuito. En cualquier caso, mi respuesta es ésta.

Rompió el papel por la mitad y lanzó los fragmentos por encima del escritorio de Glennard. Después dio media vuelta y salió de la oficina.

Glennard dejó caer la cabeza entre las manos. Si había esperado restablecer su autoestima asediando a Flamel, el resultado no había estado a la altura de sus expectativas. El golpe había colmado su ira y el imprevisto alcance del daño infligido no alteraba el hecho de que su ataque hubiera fracasado. Ahora era consciente de que la rabia que sentía hacia Flamel no era más que la proyección del tremendo asco que se daba a sí mismo. Sin embargo, esta toma de conciencia no aumentó sus simpatías; sólo anulaba la venganza. Que Flamel se hubiera negado a pelear con él era la gota que colmaba el vaso de su degradación.

Considerando esta última humillación, la idea de la indiferencia de su esposa lo golpeó con tanta fuerza y tan poco sentido como la emotiva resurrección de su pasado. Había estado viviendo en un mundo ficticio donde las emociones eran meras adulatoras de la vanidad, y sintió con alivio cómo se rompían en pedazos sobre su cabeza.

Era casi de noche cuando se marchó de la oficina y caminó de vuelta a casa sin prisas, acusando el cansancio mental que suele acompañar a crisis de este tipo. No se dio cuenta de que estaba pensando en su esposa y, al llegar a la puerta, advirtió que, en el reajuste involuntario de su punto de vista, Alexa había vuelto a convertirse en el elemento central de sus pensamientos.

CAPÍTULO XIII

Nunca antes se le había ocurrido pensar que Alexa podía haber pasado por alto la intención del documento que le había servido de cebo. ¿Y si, al examinar rápidamente los papeles, lo había tomado por algo relacionado con los negocios privados de algún cliente? Si era el caso, esto le habría evitado sacar la conclusión de que Glennard era el abogado de ese desconocido que había vendido las Cartas de Aubyn. El asunto no era como para atraer su atención... no era una mujer curiosa.

En ese momento, Glennard dejó el tenedor y la observó entre las sombras de las velas. La posible explicación de su indiferencia no tardó en presentársele. Su cabeza agachada y expectante mostraba la misma actitud que cuando la había visto el día anterior en compañía de Flamel; el gesto revivía la intensidad de aquella impresión. Después de todo, era bastante simple: había dejado de preocuparse por él porque ya lo hacía por otra persona.

Al seguirla escaleras arriba sintió un repentino resurgimiento de su ira

latente. Sus sentimientos habían perdido toda su complejidad artificial. Ya la había absuelto de ser cómplice de su bajeza y lo único que sentía era que la amaba y que ella se le había escapado. Sin embargo, el pensamiento que predominaba era bastante extraño: tenía la certeza de que ambos se habían visto sometidos a la fusión del amor y habían salido tan separados y sin posibilidad de comunicarse que parecía que la transmutación nunca hubiese tenido lugar. Todas las demás pasiones, pensó, dejaban alguna huella a su paso; pero el amor se borraba como la estela de un barco sobre las aguas.

Alexa se sumergió en su asiento de siempre junto a la lámpara y él se apoyó en la chimenea y se puso a cambiar de sitio distraídamente las figurillas de la repisa.

De repente, la vio reflejada en el espejo. Lo estaba mirando. Glennard se dio la vuelta y sus ojos se encontraron.

Atravesó la habitación y se detuvo delante de ella.

—Hay algo que quiero decirte —comenzó a decir en voz baja.

Ella le sostuvo la mirada, pero enrojeció. Glennard se dio cuenta de nuevo, con una punzada de celos, de cómo su belleza había ganado en calidez y objetivo. Era como una copa transparente que hubieran llenado de vino. La miró con ironía.

—Nunca te he negado que vieras a tus amigos aquí —estalló—. ¿Por qué te encuentras con Flamel en lugares recónditos? Es lo más humillante para una mujer...

Ella se levantó bruscamente y se miraron cara a cara guardando las distancias.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Os vi el domingo pasado en Riverside Drive —continuó, y al pronunciar la acusación resurgió su ira.

—¡Ah! —murmuró ella.

Se sentó de nuevo y empezó a jugar con un abrecartas que tenía en la mesa al alcance de la mano.

Su silencio lo exasperaba.

—¿Y bien? —exclamó—, ¿eso es todo lo que tienes que decirme?

—¿Quieres que me explique? —preguntó, orgullosa.

—¿Acaso insinúas que no tengo derecho?

—No estoy insinuando nada. Te diré todo lo que deseas saber. Fui a dar un

paseo con Flamel porque él me lo pidió.

—Ya suponía que te había invitado. Pero hay ciertas cosas que una mujer sensata no hace. Una mujer sensata no se pasea por ahí con hombres. ¿Por qué no os visteis aquí?

Ella vaciló.

—Porque quería verme a solas.

—¿En serio? ¿Y tú satisfaces todos sus deseos con la misma presteza, si puedo preguntar?

—No sé si tiene otros que me conciernan —hizo una pausa y después siguió hablando en una voz más baja que, de algún modo, ocultaba un tono de advertencia—. Quería despedirse de mí. Se marcha.

Glennard la miró sorprendido.

—¿Que se marcha?

—Sale para Europa mañana. Va a estar fuera mucho tiempo. Supuse que lo sabrías.

La última frase reavivó su enfado.

—Te olvidas de que todo lo que yo pueda saber o no saber de Flamel depende de ti. Es tu amigo, no el mío. De hecho, algunas veces me preguntaba por qué te esforzabas tanto en ser amable con él cuando es evidente que no me gusta.

La respuesta de Alexa se hizo esperar. Parecía estar escogiendo las palabras con esmero, no tanto por ella como por él, y la exasperación de Glennard aumentó al sospechar que estaba tratando de exculparlo.

—Era tu amigo antes de convertirse en el mío. Nunca supe de él hasta que me casé. Fuiste tú quien lo trajo a casa y quien al parecer se empeñó en que me gustara.

Glennard soltó una carcajada. La defensa era más débil de lo que esperaba: estaba claro que no era una mujer muy lista.

—Tu deferencia me halaga, pero no es la primera vez que un hombre comete el error de presentarle sus amigos a su esposa. En cualquier caso, debiste darte cuenta de que mi entusiasmo se había enfriado; pero quizá te cegaron las ansias de complacerme.

Alexa recibió la pulla con un silencio que pareció reducir su eficacia a la mitad.

—¿No crees? —la presionó.

—No —respondió ella con repentina franqueza—. Hace algún tiempo advertí que parecía disgustarte, pero desde entonces...

—¿Y bien? ¿Desde entonces qué?

—Me imaginé que tendrías razones para seguir queriendo que fuera amable con él, como dices tú.

—¡Ah! —exclamó Glennard, haciendo un esfuerzo por mostrar levedad; pero su ironía se vino pronto abajo: algo en su voz le hizo sentir que ambos habían llegado a ese desierto desnudo del entendimiento donde los significados apenas ya se esconden detrás de las palabras.

—¿Y qué te hizo pensar eso? —su frente enrojeció—. ¿Te dijo que yo tenía cierto compromiso con él?

—¿Cierta compromiso? —Alexa se puso pálida.

—No nos andemos con rodeos. ¿No te dijo que fui yo quien publicó las cartas de Aubyn? Contéstame.

—No —dijo ella; y tras un momento en que pareció sopesar las opciones, añadió—: nadie me lo dijo.

—¿Entonces no lo sabías?

Parecía que hablar le costara un gran esfuerzo.

—No hasta... no hasta que...

—¿Hasta que te di esos papeles para que los ordenases?

Agachó la cabeza.

—¿Lo supiste entonces?

—Sí.

Él contempló su rostro impasible.

—¿No lo sospechaste... antes? —dijo a duras penas.

—A ratos, sí... —su voz se tornó en un susurro.

—¿Por qué? ¿Por algo que alguien dijo...?

Había un atisbo de compasión en sus ojos.

—Nadie dijo nada... nadie me dijo nada —desvió la mirada—. Fue el modo de comportarte...

—¿El modo de comportarme?

—Cada vez que se mencionaba el libro. Las cosas que decías... y repetías... tus enfados... No puedo explicarlo...

Glennard se había acercado inconscientemente. Jadeaba como si hubiera estado corriendo.

—Lo sabías, lo sabías... —tartamudeó. Aquello era peor que si hubiera reconocido su amor por Flamel; aquello la alejaba todavía más—. Lo sabías... lo sabías —repitió; y de repente su angustia cobró voz—: ¡Por Dios! —exclamó—. Has dicho que al principio lo sospechaste... y luego que lo sabías... todo este maldito asunto es detestable; hace meses que lo sabes... hace meses que puse ese papel ante tus ojos... y no has hecho nada, no has dicho nada, no has movido un dedo, has vivido conmigo como si no ocurriera nada... como si nada hubiera ocurrido en nuestras vidas. ¿De qué estás hecha, por Dios? ¿No ves la ignominia que esconde todo esto? ¿No ves cómo compartes mi deshonra? ¿O es que no tienes ningún sentido de la vergüenza?

Al verter estas palabras mantuvo la suficiente lucidez como para ver que invitaban sin remedio al escarnio de Alexa; pero algo le decía que ambos habían sobrepasado la fase de las obvias represalias y que si se producía en ellos alguna reacción no sería la del desprecio.

Tenía razón. Ella se levantó despacio y se dirigió hacia él.

—¿No has tenido ya bastante...? —dijo con una extraña voz compasiva.

Él se la quedó mirando fijamente.

—¿Bastante...?

—Sufrimiento...

Fue como si un fleje de hierro se soltara de sus nervios.

—¿Entonces te diste cuenta...? —en un susurro.

—Ay, por Dios, por Dios... —sollozó.

Se dejó caer a su lado y ocultó su angustia en las rodillas de Glennard. Se aferraron en silencio, soportando juntos la oleada de vergüenza.

Cuando Alexa levantó finalmente el rostro, Glennard apartó la mirada. Su desdén le habría dolido menos que esas lágrimas en sus manos.

Ella habló lánguidamente, como una niña calmada tras un arranque de llanto.

—¿Lo hiciste por el dinero...?

Sus labios dibujaron un sí.

—¿Esa fue la herencia... por la que nos casamos?

—Sí.

Ella se echó hacia atrás y se incorporó. Él se sentó y se quedó observándola al alejarse.

—Me odias —se le escapó.

No obtuvo respuesta.

—¡Dime que me odias! —insistió.

—Eso habría sido lo más fácil —respondió Alexa, con una extraña sonrisa. Luego se desplomó en una silla junto al escritorio y apoyó la cabeza en la mano.

—¿Era mucho? —retomó la palabra.

—¿El qué...? —preguntó él, distraído.

—El dinero.

—¿El dinero? —esa parte del asunto le parecía tan poco relevante que durante un momento no supo a qué se refería.

—Hay que devolverlo —insistió ella—. ¿Puedes?

—Ah, sí —respondió con apatía—, claro que puedo.

—¡Sacrificaría lo que fuera! —le exhortó.

Glennard asintió.

—Por supuesto —se la quedó mirando con los ojos secos por el desprecio a sí mismo—. ¿Crees que servirá para algo?

—¿Que si servirá para algo?

—Si cambiará lo que siento, o lo que sientes por mí...

Ella sacudió la cabeza.

—Es lo de menos... —gruñó él.

—Es lo único que podemos arreglar.

—¡Santo cielo! Ojalá pudiéramos arreglarlo... —se levantó de pronto y cruzó el espacio que los separaba—. ¿Por qué nunca me dijiste nada? —quiso saber.

—¿No te has respondido tú mismo a esa pregunta?

—¿Cuándo?

—Justo ahora... cuando has dicho que lo hiciste por mí —se detuvo un momento y después continuó en un tono más grave—: te habría dicho algo si hubiera podido ayudarte.

—Pero has debido de odiarme...

—Ya te he dicho que eso habría sido lo más fácil.

—Pero ¿cómo pudiste seguir adelante así... despreciando el dinero?

—Sabía que hablarías a su debido tiempo. Quería que primero lo odieras tanto como yo.

La contempló con cierto sobrecogimiento.

—Eres maravillosa —susurró—. Pero aún no sabes lo bajo que he caído.

Ella alzó una mano suplicante.

—¡No quiero saberlo!

—Entonces, ¿tienes miedo de odiarme?

—No... pero así me odiarás tú a MÍ. Déjame comprenderlo sin que me lo digas.

—No puedes. Es demasiado infame. Creí que no te importaba lo que había hecho porque amabas a Flamel.

Ella se puso colorada.

—No... no... —le advirtió.

—¿No crees que tengo derecho...?

—Creo que te arrepentirás.

Él permaneció ante ella de modo suplicante.

—Quiero decir algo peor... algo más escandaloso. Si no LO entiendes, tendrás todo el derecho a echarme de casa.

Alexa le contestó con una mirada perspicaz.

—Lo entenderé... pero te arrepentirás.

—Debo correr el riesgo —se apartó y revolvió los libros de la mesa. Luego se dio la vuelta para mirarla a la cara—: ¿Le importas a Flamel? —le preguntó.

Sus mejillas se encendieron aún más, pero siguió mirándolo sin enfadarse.

—¿A qué viene eso? —dijo con una nota de tristeza en la voz.

—Ah, aún no te lo había preguntado —murmuró compungido.

—Bien, entonces...

Glennard respondió a la súplica de Alexa mirándola fijamente, como si no fuera más que un simple factor en medio de una inmensa redistribución de

significados.

—Hoy he insultado a Flamel. Le he dado a entender que sospechaba que él te lo había contado todo. Lo odiaba porque él sabía lo de las cartas.

Apreció el horror que desprendían sus ojos y por un instante tuvo que lidiar con la nueva tentación que se le aparecía. Luego, haciendo un esfuerzo, declaró:

—Él no tiene la culpa... es un hombre impecable. Me ayudó a publicar las cartas; pero también le mentí; fingí que iban remitidas a otro hombre... a otro hombre que estaba muerto...

Alexa levantó los brazos en un gesto que parecía que fuera a desviar sus palabras.

—¡Me desprecias! —insistió.

—Ay, pobre mujer... pobre mujer... —la oyó susurrar.

—¡Ya ves que no he dejado títere con cabeza! —su voz se impuso sobre la de ella.

Alexa mantuvo la cara tapada.

—¡Me odias! ¡Me desprecias! —exclamó de forma extraña.

—¡Cállate! —le ordenó ella; pero él ya no parecía ser consciente de su propósito conciliador.

—A él le importabas... le importabas —repitió— y nunca te habló de las cartas...

Ella se levantó de un salto.

—¿Cómo puedes? —se acaloró—. ¿Cómo te atreves? ¡ESO...!

Glennard se había puesto intensamente pálido.

—Es un arma... como otra cualquiera...

—¡Eso es indigno!

Él sonrió desconsolado.

—Yo debería haberla usado en su lugar.

—¡Stephen! ¡Stephen! —gritó, como para ahogar la blasfemia en sus labios. Se deslizó hasta él con ademán de rescatarlo—. No digas esas cosas. ¡Te lo prohíbo! Nos degrada a ambos.

Glennard la hizo volver a su sitio con manos temblorosas.

—Nada de lo que diga de mí puede degradarte. Estamos en niveles

diferentes.

—¡Yo estoy en el tuyo, cualquiera que sea!

Él levantó la cabeza y las miradas confluyeron.

CAPÍTULO XIV

Los efectos que causaron aquellos grandes cambios fueron tan imperceptibles como los primeros esbozos de la primavera. Glennard se sentía ahora más cerca de su esposa, pero apenas llegaba a situarse todavía al alcance de su voz; y aunque ponía todo su empeño en adquirir las nociones elementales de esta nueva forma de comunicarse, aún tenía que buscarla a tientas en la densa niebla de la humillación, esa nube de vapor de la que su personalidad emergía mezquina y grotesca.

El único hecho que nos permite convivir con nuestros allegados es que desconocemos por completo lo bien que nos conocen. El amor es el refugio más inexpugnable de nuestra autoestima y odiamos a todo aquél que sepa ver nuestra desnudez. Si Glennard no odiaba a su esposa era porque lentamente y con mucho sufrimiento había nacido en él aquella pasión más profunda que situaba su anterior sentimiento a la altura de una mera conmoción de la sangre. Era como un niño al que hubiese que volver a arrullar: la cercanía de su esposa era un pecho en el que refugiarse.

Al principio no conversaban demasiado y ambos debían sortear un camino tortuoso para esquivar el tema que se interponía entre ellos como un bosque encantado. Pero todas las palabras, todas las acciones parecían mirar en la misma dirección, conducir al mismo sitio, como si de su sombra envenenada brotara una fuente con poderes curativos. ¡Ay, si pudieran extirpar la maleza y abrirse paso hasta aquella reconstituyente primavera!

Al observar a su esposa con la misma atención con la que un trotamundos prestaría a todos y cada uno de los signos de la naturaleza, Glennard se dio cuenta de que Alexa se había refugiado temporalmente en el propósito de renunciar al dinero. Si en teoría ambos eran conscientes de que esta forma de compensación no servía para nada, la subjetividad instintiva de la mujer le hacía encontrar alivio en esta burda penitencia. Glennard advirtió que tenía la intención de vivir con la mayor frugalidad posible hasta que diera la deuda por saldada; y rezaba por que no descubriera lo lejos que estaba de cumplir, en el sentido estrictamente material, la obligación que se había impuesto. Ella estaba obsesionada con la cantidad inicial que habían recibido por las cartas, y Glennard sabía que tardaría uno o dos años en volver a ahorrarla. Mientras

tanto, le conmovía ver cómo Alexa se iba deshaciendo de los lujos insignificantes que estimaba como símbolos de su cautiverio. Las renunciaciones que ambos compartían la acercaban a él y, al poner de manifiesto su impotencia, contribuían a restaurar la coraza de su amor. Pero aún seguían sin mediar palabra.

Fue una cálida tarde junto a la chimenea, pasadas unas cuantas semanas, cuando Alexa le enseñó la carta que estaba leyendo en el momento en que él entraba.

—Noticias de Flamel —dijo ella.

Glennard se puso pálido. Era como si de pronto una presencia latente se hubiera manifestado ante ambos. Cogió la carta con un gesto mecánico.

—Es de Esmirna —continuó Alexa—, ¿no vas a leerla?

Él se la devolvió.

—Cuéntame qué dice... su letra es ilegible —se dirigió al lado contrario de la habitación y luego volvió para situarse justo delante de ella—. He estado pensando en escribirle —añadió.

Ella levantó la vista.

—Hay algo —continuó, despacio— que debería aclarar. Le dije que tú habías sabido lo de las cartas todo este tiempo, desde hacía mucho tiempo, al menos, y noté que mis palabras le hicieron mucho daño. Es lo que yo quería, por supuesto, pero no puedo dejarlo con esa falsa impresión. Debo escribirle.

Ella lo escuchó sin inmutarse, pero Glennard notó que algo se le removía por dentro. Al final le respondió, con tono dubitativo.

—¿Por qué lo llamas falsa impresión? Yo lo sabía.

—Sí, pero le insinué que no te importaba.

—¡Ah!

Él continuó mirándola.

—¿No quieres que lo arregle? —vaciló.

Alexa levantó la cabeza y clavó en él valientemente la mirada.

—Ya no hace falta —concluyó.

La sorprendente respuesta hizo que se ruborizara; luego, en señal de que había comprendido, declaró:

—Puede que a ti no, pero a mí me serviría para resarcirme.

Ella lo miró con ternura.

—¿De eso no me encargo yo? —murmuró.

—Y lo estás haciendo muy bien. ¡Pero las cosas no se arreglan así como así! Me haces parecer, incluso ante mí mismo, algo que no soy; y que nunca seré. A veces no puedo defenderme de los errores, pero al menos puedo evitar que otros caigan en ellos.

La tormenta había amainado y, arrodillándose a su lado, la cogió de las manos.

—¿No ves que esto se ha convertido en una obsesión para mí? ¿Que si pudiera despojarme de todas mis mentiras (¡aunque siempre quedara alguna escondida por ahí!) y hacer penitencia exhibiéndome desnudo en el mercado, al menos sentiría el alivio de poder calmar una angustia con otra? ¿No ves que lo peor de mi tortura es que ya no hay nada que arreglar?

Las manos de Alexa reposaban en las suyas sin ejercer presión.

—Ay, pobre mujer, pobre mujer... —la oyó suspirar.

—¡No te apiades de ella! ¡Compadécete de mí! ¿Acaso le he hecho algo? ¿Acaso te he hecho algo a ti? ¡Las dos sois inaccesibles! Al único al que vendí fue a mí mismo.

Se alejó bruscamente; luego se detuvo de nuevo frente a ella.

—¿Cuánto tiempo más —saltó— crees que puedes soportarlo? Has estado espléndida, has hecho un esfuerzo increíble, pero ¿para qué? No puedes evitar la ignominia. ¡Es lamentable para ti y a ELLA no va a hacerle ningún bien!

Su rostro había cobrado vida.

—¡Es ése pensamiento el que no puedo soportar! —exclamó Alexa.

—¿Cuál?

—El de que a ella no va a hacerle ningún bien... todo lo que estás sintiendo, todo lo que estás sufriendo... ¿Acaso no se pueden cambiar las cosas?

Él esquivó su mirada desafiante.

—Lo hecho, hecho está —refunfuñó.

—Me pregunto si para siempre —caviló.

Él no respondió y ambos se sumergieron en una de aquellas pausas que conforman los canales subterráneos de la comunicación.

Fue Alexa la que al rato retomó la palabra, y lo hizo con tanta inseguridad que Glennard se le quedó mirando con los ojos bien abiertos.

—¿No dicen —preguntó, sintiendo que andaba a tientas, como con una especie de tierna inquietud— que los primeros cristianos, en lugar de derribar los templos paganos, los templos de los dioses impuros, los purificaban adaptándolos a sus propias costumbres? Siempre he creído que debe hacerse lo mismo con las propias acciones... con las acciones que uno condena, pero que no puede deshacer. Me refiero a que uno puede cometer algún error que conduzca a otros errores o construir un muro impenetrable a su alrededor... —su voz titubeó en la última palabra—. No siempre podemos derribar los templos que hemos construido para los dioses impuros, pero podemos poner buenos espíritus en la casa del diablo: los espíritus de la misericordia, de la vergüenza, de la comprensión, que nunca habrían acudido a nosotros si no estuviéramos tan necesitados...

Se acercó y posó su mano temblorosa sobre la de él. La cabeza de Glennard continuó gacha y no cambió de postura. Ella se sentó a su lado sin decir nada; pero sus silencios eran ahora fértiles como las nubes de lluvia: hacían que las semillas del entendimiento brotaran más rápido.

Por fin levantó la vista.

—No sé —dijo— qué espíritus han venido a habitar la casa del diablo que he construido... pero tú estás ahí y con eso me basta. Es extraño —continuó, tras hacer otra pausa— que ella me deseara siempre lo mejor y que al final lo haya alcanzado gracias a ella. Pues de no ser por ella no te habría conocido... gracias a ella te he encontrado. ¿Sabes? Algunas veces eso complica más las cosas, hace que me deteste más a mí mismo. ¿No te das cuenta de que eso es lo peor a lo que tengo que enfrentarme? ¡A veces pienso que lo habría sobrellevado mejor si tú no hubieras sido tan comprensiva! Se lo quité todo... todo... hasta el pobre refugio de lealtad en el que ella confiaba... ¡lo único que podría haberle dejado! Se lo quité todo, la engañé, la despojé, la destruí... ¿y qué me ha dado ella a cambio? ¡A TI!

El llanto de su esposa lo sobrecogió.

—No es a mí a quien te ha dado a cambio... sino a ti mismo —se inclinó hacia él como arrastrada por una oleada de lástima—, ¿no ves —continuó, mientras su marido la observaba— que ése es el regalo que no puedes devolver, la deuda que te has comprometido a saldar? ¿No ves que ella estaba equivocada contigo y que es ahora cuando te ha convertido en el hombre al que amaba? Para una mujer, merece la pena vivir, hasta morir por eso... ¡ése es el regalo que habría querido hacerte!

—Ay —exclamó él—, pero he sido un desagradecido. ¿Acaso le he dado algo alguna vez?

—Claro que sí —contestó Alexa—: la alegría de dar.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es